

CARLOS E. PUMA V.
TENIENTE DE INFANTERIA



RISMAS
MILITARES

ESCENAS DE CUARTEL

Talleres Gráficos - Colegio Militar

QUITO - ECUADOR

1939

EJERCITO DEL ECUADOR
ESTADO MAYOR GENERAL

Asunto:
Comunicando resolución
de obra presentada.

Procedencia:
3^a Sección
I Departamento

Quito, a 23 de mayo de 1930

Señor Teniente.

Carlos E. Puma V.

Presente.

Me es grato poner en su conocimiento que este Instituto, en atención a los informes presentados por las respectivas comisiones y de acuerdo con lo establecido en el Reglamento de Edición de obras de autores militares, autoriza a usted la edición de "Prismas Militares", cuyo informe transcribo a continuación".

"En cumplimiento de las orden verbal impartida por Ud. Mi coronel, referente a emitir un juicio sobre el trabajo literario "Prismas Militares", presentado por el señor Teniente Carlos E. Puma, tenemos a bien informar como sigue:—El trabajo literario "Prismas Militares", pertenece al género del cuento costumbrista. De estilo apreciable, describe con discreción muchas costumbres y episodios de la vida de Cuartel, cuya descripción interesa de manera especial al personal de tropa, para quien está dirigido. Su lectura puede despertar al-

gunas emociones benéficas.—Este trabajo, con su espíritu, aspira a contribuir a formar y mantener la tradición en las filas del Ejército.—Estimamos que la Superioridad—salvo el mejor parecer—puede autorizar su publicación con una **ayuda para el autor**, el mismo que a través de esas páginas demuestra espíritu de observación e interés por un mejoramiento.—Es todo cuanto podemos informar en honor de la verdad.—Honor y Patria.—(f) Mayor Lauro Guerrero.—(f) Capitán Gilberto Abarca”.

Al comunicar a Ud., esta resolución, el E. M. G. manifiesta su complacencia por su entusiasmo y anhelo de mejoramiento, y consigna su felicitación.

Por otra parte, y de acuerdo con la resolución de la Comisión Ejecutiva, manifiesta a Ud., que algunos capítulos de su Obra, serán publicados en el Suplemento de “Revista de las Fuerzas Armadas”.

HONOR Y PATRIA,

El Jefe del Estado Mayor General, ...
(f.) Coronel R. A. VILLACIS

DEDICATORIA

Soldados:

Es para vosotros.

Para vosotros, viejos compañeros en el esfuerzo constante por la cultura.

Para vosotros, hermanos decididos en el anhelo por los ideales de superación.

Sí, para vosotros, hermanos en las asiduas luchas por el mejoramiento, son estas páginas que acaso o, sin acaso, exteriorizan "la vigorosa desnudez de la Verdad, embellecida con el diáfano manto de la Fantasía".

Acogedlas.

Son el tributo del hondo y sentido compañerismo de vuestro camarada,

El Autor.

Soldado lector:

Este librito sencillito, modesto, recopilación de páginas dispersas, errantes, que reflejan la superación de la realidad, de esa realidad que se siente y que se vive, no va a prodi-garte ataques, ni a endilgarte una censura, no; va sólo encaminado a señalarme errores, a indicarte defectos, para que cultives a conciencia tus anhelos de mejoramiento cultural, de sana moral educativa.

“Para evitar el mal, es necesario conocer el error”, dice un distinguido escritor; por eso estas páginas inspiradas en ideales sanos, que sólo persiguen una finalidad educativa, a través del afán de recreación espiritual, van a decirte que te dignifiques como hombre y te enaltezcas como ciudadano, amando y comprendiendo la vida, para que te enaltezcas y dignifiques como soldado, por tus virtudes, para honra y prez de esa Escuela de Civismo y Moralidad que se denomina: CUARTEL.

Si llegas a encaminarte por el sendero de la dignidad personal y de moral colectiva, quedarán ampliamente compensadas las aspiraciones de vuestro camarada,

El Autor

“No ataco, ni siquiera censuro. Señalo”.

“Indicar un defecto, sin d6sis de mala intenci6n, sin 6nimo de zaherir, es un prop6sito loable de simple finalidad terap6utica.

Herir un dedo enfermo es un acto de amor”.

SANTIAGO ARGUELLO

PROLOGO

Dentro de mis labores cotidianas, recibo de manos del autor, este libro, de sumo interés. PRISMAS MILITARES, es el título de esta obra. Viene a mí, como un ramo de rosas de fragante y concentrado perfume. Su lectura, siente mi alma todo el placer de su inspiración; y mis ideas, se fijan profundamente, en la revelación cristalina de este prisma. Con esa verdad, franca y desnuda, de aquel ropaje de hipocresía moral.

Sí; con esa verdad franca y desnuda. Pero ¿qué es la verdad? ¿Es tal vez, una ciencia ideal, de especulación científica, en el mundo de las ciencias sociales? Los sabios la definen sin argumentos. Es frase pretenciosa. Ya lo han dicho los señores filósofos, que su imaginación se ha convertido en llama cerebral, para encontrar la verdad y definirla. Su pensamiento es: lo absoluto, no existe; y la verdad, es real y absoluta. Hay una razón: su inteligencia, no ha ido más allá de las cosas subjetivas e incomprensibles; y que la ver-

II

dad, se la concibe y se la define, hasta donde UNO, puede llegar a crear. Nada más. Este convencimiento propio, es la verdad; y que se la encuentra en la esencia de la misma naturaleza.

Si nos imaginamos a un geómetra, midiendo en el espacio, llevando su estudio en las profundidades de la ciencia: analizando, experimentando, hasta convencerse de su inteligencia de que ha llegado a la verdad. Deduciendo sus principios con la demostración de que ha llegado a la conclusión ¿es invariable la resolución de sus problemas? Si; pues, ésta es la verdad: con todo el proceso de su regia revelación.

Un psicólogo experimenta la verdad en el conocimiento del alma; donde estudia sus movimientos y el giro diferente de su abierta espiritualidad; y cuáles son sus causas; dónde sus motivos, para sus inclinaciones. Y, con la dialéctica experimental de estos fenómenos, llegar al convencimiento de esta verdad.

El sociólogo estudia la verdad en la naturaleza de los fenómenos sociales. Sintetiza los elementos de esta ciencia, para valorizar sus conocimientos, en las distintas fuerzas y leyes que rigen en el organismo de este cuerpo social. Conoce la transformación de estos fenómenos, con las aspiraciones de su revelante ideología. Lleva su estudio al hombre, co-

III

mo ser individual y como ser colectivo, para asentar sus conocimientos y llegar a la verdad.

El artista es fulgurante en la concepción de su imagen para llegar a la verdad. Cree, porque ha creado sus propias verdades; y porque cree en las revelaciones de la naturaleza: con todo ese matiz salvaje, que se mueve, entre ondulaciones de encendido lapislázuli. El artista, vuelve su alma, hasta confundirse misteriosamente, con aquello que llamamos divinidad. Como haciendo un símbolo de rebeldía, para espíritus que viven en el ritmo de su rutina.

El artista es fuerza emotiva. Sus *ars verba*, impresionan los sentidos, como impresionan ese olor fragante de los campos primaverales. Cada frase, es rosa que abre candidamente sus pétalos, para brindar su precioso perfume. El artista es quien modela formas de arte escultural; y su voz, modela dulces himnos, de música alegre, de música triste

La misma naturaleza es un arte llena de misterio, con toda su armonía de melodía sentimental.

El artista vive en este mundo; su inspiración es la clara elocuencia de su alma. Describir su vida es descubrir su alma; y quien

IV

describe es porque siente sus verdaderas emociones sensitivas. El sólo esfuerzo de imaginación, no es suficiente para decir que se llama artista.

En la ideología humana se encuentra impregnada estas dos palabras: ciencia y arte, como luz que resplandece en el espíritu humano, con toda la verdad de su rebeldía.

¡La naturaleza es rebelde por excoiciencia!

En los hombres destinados para la grandeza, se incuba este espíritu de excelencia rebelde; y donde nace como efluvios de luz las nuevas ideologías, con nuevas civilizaciones. Sin confundir con aquellos hombres, que se creen los rebeldes predestinados de esta grandeza, por su manifestación de espíritu abusivo, por su ruda ignorancia, puestas al servicio de su instinto intelectual. Estos hombres, traicionan y se traicionan a sí mismo, ante la imagen de su adorada maledicencia. Los hombres grandes, viven lejos, muy lejos antes que verse mancillados, de su honor y de su dignidad.

Estos hombres que tienen el sello de su rebeldía, tienen otro frente en la naturaleza humana: la enseñanza de lo grande porque es grande y, enseñan sin saber humillar; sus ejercicios prácticos son virtudes soberanas: los derechos libres del hombre. Su pensa-

miento es radiante como la aurora, derrama sus luces por las altas cumbres del espíritu humano. El rebelde lucha porque sabe luchar; triunfa porque sabe vencer. Es clásico titán que ciñe su frente con la blanca estrocha de sus ideales.

De la apatía morbosa ni de espíritus glaciales, no nos revela la historia, de que hayan sido capaces de encender la luz de la civilización; ni la manifestación de fuerza para mover la naturaleza humana.

De ahí ese mérito en el hombre, que sabe revelar sus pensamientos por medio de un libro: de imaginación ardiente y activa para su labor intelectual; sacrificio sublime, lucha tenaz. De profundo estudio para darle el ser a la vida de un libro. Nace como un lirio, desnudo y fragante; robusta de savia que circula hasta en la última célula de su gracia natura.

Así, este libro, es todo lucha, es todo pensamiento. Pero también, es todo triunfo. Descubre las verdades del espíritu humano, de ese humano que hace grupo con todos sus vicios pasionales; columbrándose así a motivos de estímulo; acercándose quedamente con todas sus mentiras morales a hacer vida de su aparente conducta honrada, en el seno social. Es libro emocionante de novelas de costumbres, donde el autor es feliz, por la percepción de sus tragedias sentimentales, como protago-

VI

nistas llenas de eflorescencias voluptuosas y que pasan como fantasmas acariciando la vida mundana.

Esta obra tiene su propia originalidad; tiene el autor su sitio muy digno, en el campo del honor literario. Su lectura dá la posesión florida del arte de sus prismas. Hace su leyenda trágica, y la describe con esa ingenuidad de escritor sentimental.

El señor Teniente Puma, siempre ha tenido el mérito de su estudio. El estudio de esos libros que enaltecen las ideas; de esos libros que purifican la conciencia; y enseñan las revelaciones del espíritu para lo grande.

Su espíritu lo ha formado con lucimiento y originalidad de su persona. El cuartel ha sido su escuela y donde ha hecho él su propia escuela, iniciándose después, en la literatura ecuatoriana. Es gallardo de espíritu, de sentimiento delicado y amigo sincero; sabe ser compañero, sabe ser camarada, con la propiedad del hombre que conoce para el regalo de su amistad. Muchas veces he tenido el placer de felicitarlo, por sus artículos literarios, que han salido a luz, en periódicos y revistas, donde ha tenido el aplauso bien merecido, de personas de crédito profesional.

VII

Sin embargo, no es menos la lucha contra el egoísmo humano de espíritus mediocres, que ponen sus vallas en el camino de su ambición literaria. No es la crítica, que enseña el error de las cosas humanas. No. Es el veneno de la maledicencia, es la envidia; porque ha escrito y porque ha revelado, vida y costumbres de cuartel. Porque —según el decir— es lesionar moralmente el descubrir las úlceras domésticas, ya sea de cualesquier agrupación; y porque más aún, se peca disciplinariamente. (!) Error fundamental. Más creo yo, porque se creen los protagonistas de esta escena, o, porque pueden llegar a serlo; y ser mirados a través de este prisma. Esta es la fuerza vencida por el autor, con excelencia de valor, con la idealidad de su conciencia, consagrada como virtud soberana. Ya que su negación, sería un vacío sin luz en el concierto de la verdad civilizadora del hombre.

PRISMAS MILITARES, de fecunda inspiración, tiene sus cuadros escenarios que traslucen con todo el matiz de su fondo, relievándose congruentemente en la belleza de su forma. EXODO SOMBRIO; LA CONFIANZA; EL PICHON; y otros más, tienen la elegancia descriptiva de toda una vida íntima: de gentes que luchan bajo el conjuro silencioso de aquella moral; de atorrantes clandestinos en desgracia de la vida; de cuerpos abandonados de su propia alma; y el ve-

VIII

nenos que circula en su estancia, haciendo tangible de su miserable vida.

Pero el Cuartel, es otra vida; ya no es la vida licenciosa de aquel éxodo sombrío. El cuartel tiene su misión, alta y sublime; tiene ese símbolo de la gloria, con la pureza immaculada de su ideología. Es donde se afirma la conciencia; es donde tiene la razón su ejercicio; es, donde el ciudadano hace vida de verdadera democracia con igualdad de sus derechos. Y, donde el ciudadano toma el verbo cívico de su carácter, en bien de su única majestad, la Patria.

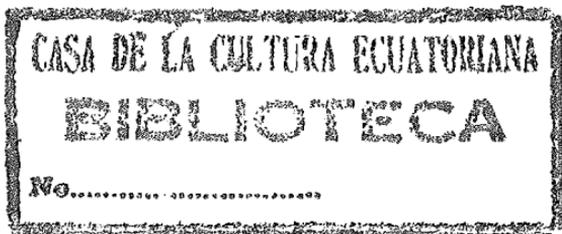
El Cuartel es un grupo humano de movimientos espirituales, regulada por leyes de carácter moral. Tiene su rotación social homogénea donde se marca el compás de todo un proceso de la historia de un pueblo.

En todos los episodios que forman este libro, tiene el autor, su brillante estilo. Aquí no se pintan cuadros literarios de otros mundos; aquí no hay el canto clásico de otros héroes, revestidos de oro y púrpura; ni los cuadros escenarios de las mezquitas, donde se aspira el éter ofrendado por los fieles a sus dioses. Es del arte nativo, con revelaciones de ese éxodo sombrío y donde se arrastran los protagonistas, por los arrabales de campos sin ley

IX

Mis sentidos han deleitado su lectura, he subido a la cumbre de su pensamiento, para contemplar la belleza de sus panoramas; poblada de flores, de jardines salvajes. Pero lleno de ese aroma puro, de ese aroma también salvaje, que embriaga la vida, que dá sueño y se duerme; y que sólo se despierta, para sentir el dolor de vivirla. De ahí mi admiración sincera, para el señor Teniente Carlos E. Puma, digno Oficial de nuestro Ejército Ecuatoriano.

VIRGILIO MOLINA MUÑOZ



EL LIMPIEZA

UN día, como casi todos los de su tierra, había dejado abandonada la chocita solariega y principiado el servicio de "limpieza municipal" en las calles empedradas de la ciudad de los Shirys.

Y allí, en su ruda faena cotidiana, después de esparcir gota a gota, junto con el líquido de su regadera, todo el vigor de su broncínea contextura, en un sacudimiento de rebeldía, impulsado por un fuerte sentimiento de capricho, acaso llevado por el deseo de distinguirse de los suyos, dejando su condición humilde, habíase dirigido al cuartel para, comprensivo y dócil, continuar su atávico oficio de "barrendero".

Ignorado, desconocido; sin "recomendación alguna"; habiéndole, sin embargo, aceptado dada su procedencia de "zambisa legítimo".

Y en el cuartel, incansable y tenaz, continuó su labor humillante.

•
•
•

Pasaron algunos meses, muchos meses...

El Batallón recibió la orden de cambiar de guarnición.

Debía dirigirse a Guayaquil. Y partió... Nos fuimos.

Mozo, el limpienza "trabajador y constante", había recibido su uniforme militar.

Reconocida su inmensa laboriosidad y honradez, el Jefe habíale elegido como su ordenanza.

Como tal se fue a la costa, cuidando afonosa y honradamente, las maletas de su Comandante.

Los cambios de las Unidades concebidos por las "Juntas Militares" para la transformación histórica, obligaron el retorno del Batallón a la capital.

Antes, fue cambiado el Jefe. Como reconocimiento a sus servicios, al partir, habíale pedido el alta.

Al día siguiente, en la "Orden General" se "daba de alta" al soldado presentado voluntario, Francisco Mozo.

Como soldado retornó a la capital.

Pocos días después se efectuaba la transformación.

Mozo, el soldado, antes limpienza honrado y trabajador, fue encuadrado en la comisión que debía resguardar a los Jefes que iban a imponer la dimisión.

Entusiasta, talvez emocionado, formó para cumplir su primera comisión de soldado.

El semblante sonreído demostraba su satisfacción.

Era soldado. . . . Se sentía soldado.

Desaparecida su humilde condición de "barrendero", ya estaba por encima de los limpienzas de su tierra.

Había triunfado.

Y una tarde. . . .

La tarde de un domingo inmensamente triste, después de pasado el oleaje tempestuoso de la política inquietan-

te... Allí, en la puerta pétrea de la casona carcomida por el tiempo, de esa casona que sabe de los benditos tintes escarlatas de esa pléyade de valientes sin igual, que desafiaron la furia de los pérfidos inquisidores para legar a la América irredimida un ejemplo sin nombre... Allí, en la callecita angosta, frente a los muros derruidos de la antigua "cochera presidencial", allí llegó la viejecita achacosa, inquieta y vehemente...

Dos clases que yacían sentados en el "poyo", junto al centinela, parecían no advertir la presencia de la anciana indiecita.

En la calle de la Providencia, una muchedumbre compacta flotaba esparciendo en el ambiente sus murmullos discordes.

Los "mercachifles" aturdián con sus gritos descompasados.

Era la tarde de un domingo.

Uno que ótro ebrio, al pasar, despetalaba sus olores acres, nauseabundos.

Frío, silencioso, imponente, apoyado en su fusil tomado en desorden, el centinela, casi siempre distraído, en ese instante parecía meditar en recuerdos lejanos, en esos recuerdos conmovedores y tristes que de vez en cuando aletean la humana conciencia con pulsaciones que hieren.

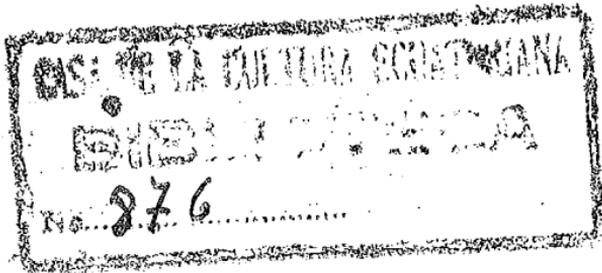
Uno de los clases habíase retirado.

El ótro, despreocupado, abandonando junto al muro la insignia de la fuerza nacional, embebíase enviando sus miradas furtivas a las cholitas domésticas que cruzaban por frente al cuartel para ver al infante de sus predilecciones.

Tras largos instantes de intensa zozobra, llorando con ese lloro callado del indio siempre sentimental; siempre triste, aunque también siempre fuerte, apoyada en su "bordoncito", con esa tristeza de madre que sabe de todos los dolores y de todos los amores, encogida, doblegada, trémula, sumisa, con la vista al suelo, acercóse al "poyo" donde había dejado su "pilchecito", y, con la infinita ternura del Nazareno después de su negación, abrigándose con su "rebozo" derruido, temblorosa, alejóse de la estancia, dejando al lado del "pedacito de su corazón", el cariño profundo de sus lágrimas....

Con paso vacilante se dirigió a la esquina del parque.... Y se confundió en las sombras de la muchedumbre inquieta....

CONFIDENCIAS DOLOROSAS



ENTRI, entri, decíale el muchacho al llegar a la puerta de la habitación insalubre.

Frisaba el aludido en los 14. Pequeñito, pálido, harapiento, reflejaba en su semblante, melancólico y triste, una vida de privaciones y de miseria. Muchas veces, y casi todos los días, habíase avergonzado extendiendo la mano en imploración de "un medicito para el remedio de la madrequita enferma". Otras tantas, con el sol de cada día, llevarlo "a la espakla" o en los brazos a su hermanito pequeño, rapaz mugriento como él, solía encontrarse en la puerta del cuartel, con su tarrito vacío, pidiendo "un poquito de comida" o, en busca del cabo Castellano. ¡Muchas veces regresábase humedecidas sus pupilas infantiles por la negación del mendrugo insignificante y por el desprecio del clase inhospitalario!

—Señora, buenas tardes.

—Entre, dijo una voz cavernosa, empañada de tristeza, de curiosidad y enternecimiento, desde el fondo del cuartucho, itatuado de sombras de miseria insólita.

—Gracias.

—Siéntese en esa "piedrita de moler", arguyó la señora o, más bien, un pedazo de humanidad desamparada en el silencio de la indigencia, un espectro que se movía lentamente haciendo chirriar los carrizos secos que le servían de lecho.

—Estoy a su llamada, señora.

—Es usted muy bueno....

—¿En qué puedo servirle?

—La viejecita pareció incorporarse. Acaso veía en esa visita un reguero de luz, de vida, a través de las densas brumas de su ocaso cercano o, quizás, sentía, un apresuramiento helado de su sangre escuchando los pasos de otra vida llena de vigor que se acercaba a su alma rendida y desfalleciente. Era un instante en que el intenso padecer daba tregua de minutos a la alegría fugaz. Las palabras del primero habíanle movido sus ilusiones muertas.... Se interpuso el silencio. Un silencio pleno de emoción y de ansiedad.... Y luego, como un enfermo que pone toda fe en el médico de sus confianzas; con el optimismo propio de los seres que yacen a la vera del deceso inevitable, levantó la cabeza cubierta con un pedazo de trapo viejo, estiró las frazadas harapientas, y, tomando un "trozo de palo de balsa" que le servía de almohada para "apoyarse más altito", con el corazón que en el fondo se le torcía de angustia por librarse de ese aul de espectros que le tenía postrada, articuló a media voz:

—La Pastora, mujer del sargento Quinche, me dijo que usted era amigo de mi hijo. Por eso le mandé a mi Albertico a que le rogara que venga.

—¿Cuál es su hijo?

—De su compañía desqués.... El Cabo Castellano.

—Si señora, es de mi compañía.

—Sí, mi primero. Así me dijo la Pastora. Por eso le hice llamar para rogarle a que usted como amigo le aconseje a que me proteja con algoito... Y se puso a llorar con angustiosa desesperación. El optimismo tornóse de súbito en lágrimas de tristeza. Luego, con voz más cansada y conmovida, prosiguió:

—Vea mi primero; ya son cinco años que está de soldado; y ya desqué le han hecho cabo. Cuando recién entró al cuartel, era bueno, venía continuamente a vernos, trayéndonos siempre alguna cosita para mí y para mis guaguas... Y eso que mi marido todavía vivía y yo estaba sana. Pero ahora... ni siquiera se acuerda de nosotros, ni sabe si existe su pobre madre enferma... Ya más de un año que no viene. Vea no más en esta miseria que vivimos. Ya nos pidieron la casa por que no se paga el arriendo... Sino tuviera mis guaguitos, no importara... Me iría al hospital... Y moriría tranquila... Estos guaguitos me contienen. Los pobrecitos salen todos los días a San Francisco a pedir caridad. A veces traen un pitico de machica, un calecito... A veces nada. Y con eso pasamos días enteros

Y en verdad, el cuadro era sombrío.

El galpón vetusto, equidistante de dos monumentos imperecederos, como un puntito negro se asentaba en los arrabales de Quito, al pie del "Monte de la Libertad".

En la cima, después del zig-zag blanquecino que guía año tras año a los patriotas peregrinos que van a rendir homenaje a los queridos muertos caídos por la Libertad, destacábase el monumento consagrado al recuerdo del héroe adolescente:

Al frente, en la colina vecina, majestuoso, dorado por los últimos rayos del "Padre Sol", yacía el monumental castillo, obra de García el Grande, destinado a guardar

los "harapos humanos", hijos del crimen, diz qué para regenerarlos en sus largos años de expiación oprobiosa.

Una escalinata desarreglada, sucia, daba acceso al galpón derruido.

Una puentucha irregular, de "mantaqueros", defendía del viento a la trémula vejez cubierta de frío.

En el interior, todo el moblaje, constituía la cama de carrizos con su colchón de "pedazos de costales sucios" y la piedra de moler que servía de asiento al visitante.

Los muros disformes estaban ennegrecidos por el "ollín".

En uno de los ángulos, la "tulpa-rumi" estaba cruzada por unas ramas secas recogidas por los rapaces en el bosque vecino.

Junto a la cama de la anciana, un "montón de paja" indicaba el lugar de reposo de los muchachitos malolientes.

Olores acres llenaban el aposento sombrío.

Los chiquitines, pobres destrozos de la vida, raquíticos, pálidos, hambrientos, con sus vestidos destiéndose por la suciedad y por la vejez, permanecían en silencio junto a la madrecita postrada, ya largos meses, según su decir, en el lecho del dolor.

Afuera, iba acabándose la tarde. En los bosques cercanos recogíanse cantando los gorriones.

La luz de crepúsculo parecía deshilarse en la cima del Panecillo incásico.

—Bueno, señora, díjole, enternecido, el primero. Yo haré lo posible porque Castellano vele por su madre y por sus hermanitos. Y haciendo deslizar en las manos temblorosas unas pocas monedas de níquel, se alejó conmovido por la visión fatídica de tanto infortunio. . . .

Efectivamente, amigos de "cama y rancho", los dos, el primero Morales y el Cabo Castellano, llevaban una vida de estrecha intimidad.

Ambos habían arrendado "una pieza" en la Plazuela Marín para sus orgías amorosas con las "garibaldinas" de San Blas y la Tola.

Pero, oriundos de diversos lugares, a pesar de su amistad, como los demás compañeros, los dos ignoraban sus intimidades de familia. Sin embargo, Castellano, en el cuartel, pasaba como huérfano de padre y madre. Una licencia solicitada al Ministerio de Guerra fue, precisamente, para atender a una calamidad doméstica: los funerales de su madre.

Los chiquitines que le buscaban continuamente, decía, eran hijos de un amigo de su padre, también muerto, que él protegía.

Al día siguiente, salieron "francos". Como siempre, Castellano, propuso el programa nocturno. Primero el teatro. Luego el café. Y por fin, "un canelazo" "en el cuarto", con alguna o algunas invitadas nocturnas de costumbre.

Y dirigiéronse a la habitación, condición previa impuesta por Morales para la ejecución del programa proyectado.

En la Carrera Olmedo quedaba la pieza. Era en la "planta baja" y en el segundo patio. Completamente desarreglada. En un ángulo, una mesa con tapete de periódicos, alojaba unas revistas en desorden; la cama,

con frazadas sucias; malolientes, reflejaba la ausencia de la "reina del hogar". Un bancón destartado quedaba al frente de la puerta. Sillas viejas de madera, en desorden, yacían diseminadas en la superficie estrecha. En las paredes mal tapizadas estaban fijas las "estampas" arrancadas inmisericordemente de las revistas militares.

Morales tendióse en el lecho pecaminoso. Iba a cumplir su promesa. Tal era el objeto para en tan temprana hora estar "en la pieza".

Con voz pausada contóle la visita del día anterior. Estremecióse el clase. Temblaba. Encendióse el rostro con el fuego del rubor. Nunca lo había dicho su origen. Había engañado a todos con su licencia. Y es que era una vengüenza sentirse ligado a un hogar miserable. Su amigo le retiraría la confianza. La novia, seguramente, le despreciaría. Y eso no podía ser. El, que lucía en sus antebrazos las insignias de una jerarquía, premio de sus aptitudes físicas e intelectuales, y que había rendido con éxito su examen de promoción, que iba "alcanzando figuración", debía renunciar su condición humilde y destrozarse con su indiferencia, con su ingratitude, lo que hay de más sagrado en la sociedad: **el hogar paterno.**

Morales le dijo.

—Estás cegado por la vanidad. No puedes ser soldado de verdad. La vida del soldado es vida de amor, de deber y sacrificio. Vida de abnegación, de acercamiento y de comprensión. No puede amar a la patria; ni venerar a la bandera, que es su símbolo, su alma, quien no siente en su corazón amor, cariño, para el ser que le alimentó con la savia de sus senos maternales; no puede ser soldado, buen soldado, peor compañero y jamás amigo de corazón, quien no siente afecciones, con-

miseración, por los seres que se nutrieron de la misma leche materna: sus **hermanos**.

Castellano abandonóse en un silencio inmutable.

Morales continuó:

No hablemos más, Federico. Yo prometí a tu mamá llevarte a la casa. Creo no estar equivocado al suponer que atenderás a mi insinuación de amigo.

Castellano en un hondo sacudimiento de hidalguía, emocionado, con "lágrimas en los ojos", levantóse con los brazos abiertos y, estrechándole a Morales fuertemente, prometiéndole "volver sus pasos" y velar por el hogar huérfano.

Meses después, un pelotón del Batallón, comandado por el primero Morales, conducía un féretro humilde.

Castellano, sargento ya, muerto en el hospital con enfermedad contagiosa, se dirigía, antes que la viejecita olvidada que Morara muchas veces palpando la miseria de los huermanitos que le alimentaban con el poquito de maheica que la caridad popular les procligara, a la morada última.

Los dos rapaces encontráronse con el cadáver en el "Relleno" cuando pedían un medicito para el remedio de la "madrecita enferma". Supieron el nombre del extinto y se fueron veloces a anunciar al espectro más gravamente postrado. . . .

Y cuando las campanas de San Diego hendían al espacio sus quejas plañideras para recibir al huésped perpetuo, en el galpón viejo de la "Loma de la Libertad",

arrimada a la puerta de "mantaqueros", asomóse la silueta encogida, espectro viviente abandonado en el silencio de su retiro indigente, para con nuevas lágrimas, lágrimas de madre, elevando los ojos al cielo, decir su oración moribunda: "Señor: **hágase tu divina voluntad...**, mientras en la morada de los muertos, calladamente, Morales, decía a los soldados entristecidos que ya sabían los actos del ingrato, que la miseria del hogar nuevamente entutecido, es mucho menor que la miseria muerta, porque "la ingratitud es la miseria del alma"

EXODO SOMBRIO

EL silbido de la sirena, confundido con el ruido sordo de la hélice que iba cállandose lentamente, anunció la llegada del vapor de la "Compañía del Ferrocarril" al puerto "que manso llame el caudaloso Guayas".

En el muelle, como las ondas del río, flotaban marejadas de gente inquieta y bulliciosa. Rumas de cajones desaparecían agobiando con su peso los hombros de los "montuvios" que diariamente, ora bajo los calcinantes rayos del sol tropical, ora bajo las tempestuosas lluvias, embarcan las riquezas de la patria y reciben las extrañas mercancías.

—Naranjas de Daule.—Carne en palito.—Lizas, a las buenas lizas.

—Señor, yo le llevo las maletas.—Vamos.— Yo le dirijo a un buen hotel, etc. eran los gritos descompasados que repercutían en el ambiente de la tarde coliginosa cuando una mujer desaseada, alta, pálida, "con una maleta a la espalda", llevando un niño harapiento en el brazo y otro pequeñuelo asido de la mano, sorprendida, temblorosa, vacilante, dejaba, la última, la incómoda embarcación.

Avanzó despaciosamente, con los pies casi desnudos, inquiriéndolo con las miradas ávidas, la imagen del cabo que le había dejado sin siquiera decirle ¡adiós!

Así caminó hasta llegar al pasamano del muelle.

Y se quedó oculta en la portezuela, al borde del río, de pies, unidos los talones, con los ojos fijos en el agua, mirando no sabía qué.

El oleaje humano fue desapareciendo en el malecón.

El cielo principió a empalidecer, a ensombrecerse.

Moría la tarde.

A poco, el muelle quedó desierto. Uno que otro cargador cruzaba rápido el andén con los bultos al hombro, sin prestar atención a las siluetas indecisas que yacían junto a la portezuela vetusta. Oscurecía. La noche iba desplegando su manto de muerte con suma vertiginosidad.

De cuando en cuando, los faros de las lanchas que hacían sus paseos nocturnos en las aguas undosas, proyectaban, como estrellas al través de las brumas, sus luces blanquecinas.

Quedó abandonada.

Las compañeras de viaje, mujeres de la tropa, que habíanle obligado ir a Guayaquil "para no dejarle con la picardía al infame", aprovechando el carro cedido por el Gobierno para las mujeres del Batallón, ansiosas de sentir las caricias de los esposos ausentes ya largos días, habíanle dejado aislada, luchando con la borrasca de su desesperación, contra los golpes de la desgracia, en el muelle de la ciudad bulliciosa ensombrecida al momento con las densas brumas invernales.

Quiso llorar, gritar, pero contuvo el llanto, por temor, por miedo, quizá por el pudor que imponen las lágrimas brotadas por el dolor, al darse cuenta, instintivamente,

que tenía al niño en los brazos, y que el otro, también angustiado por un angelical y extraño presentimiento, le rozaba su cuerpo desfalleciente con su tierno cuerpecito cubierto de andrajos miserables. Un dolor profundo conmovió todo su ser. Se estremeció desesperadamente, convulsionada por el martirio de su soledad en aquella ciudad para ella tan desconocida. . . .

Sin tener qué rumbo seguir, lentamente, hizo deslizarse de sus espaldas rendidas, la maleta disforme, y sentándose como ave herida junto a sus polluelos, tendió sus brazos maternales, abrigó a los niños, les besó en la frente efusivamente y se quedó en silencio, "como esas plantas que hay en las tumbas abandonadas", y en silencio, como el rocío en el bronce humedecido de las estatuas, dejó correr, dolorosa y única, por sus mejillas pálidas como el mármol, raudales de lágrimas ardientes y quemadoras.

Y se durmió al fin, rendida por la tristeza, como duermen las hojas de los árboles cuando muere el sol y se cubren de sombras las florestas. . . .

Una voz ronca, imponente, agresiva, hízole despertar sobresaltada.

El hombre por el que había emprendido su **éxodo sombrío**, el padre de sus niños, su Adolfo, estaba frente a ella, erguido, terrible, amenazante. No comprendió las palabras que le volvieron a la realidad de la vida.

Quiso hablar, decir algo, pero sin duda la angustia, como un tenso alambre, le interrumpió la locución. Instantáneamente, sus ojos se llenaron de lágrimas, de lá-

grimas que por un momento se contuvieron en las pestañas. Pero no pudo resistir. Lloró amargamente: las lágrimas resbalaban por sus mejillas como si todas las tristezas fluyeran de las órbitas profundas de sus ojos. El clase se manifestó más corajudo.

—Quién te "trujo", volvió a decirle enfáticamente.

No supo o, más bien, no pudo contestar. Temblaba de terror.

—¡Dime con quién "venisteis"! insistió nuevamente, comprimiendo sus manos callosas.

Los niños rompieron en llanto desesperado.

Cruel y cobarde, el cabo, asestóle una bofetada en el rostro.

—Quién te "trujo?"

Se estrechó a sus niños con frenesí, como una ave impotente que defiende a sus polluelos de la tempestad: no era capaz, en medio del dolor, con las lágrimas que fluían de sus ojos a raudales, de decirle: vine por el padre de mis hijos, vine por ti: estaba agostada por el dolor de madre, destrozado su corazón de amante.

—Vamos!, díjole enérgicamente.

Se levantó despaciosamente. A esfuerzos cargó la maleta. Tomó al niño más pequeño en el brazo y conduciendo al otro de la mano, indecisa, trémula, dejó el muelle, ese viejo muelle que tantas veces, con el roce de las banderas de los barcos que se alejan, había sentido las hondas tristezas de las despedidas, contemplado las sombrías expresiones de la melancolía, y humedecido con el rocío de muchas lágrimas sus viejos cinturones de madera ceñidos por fríos tirantes de hierro.

Caminó como una presidiaria, ocultándose a las miradas de los paseantes, desfigurada, llorosa.

—Por acá, indicóle el cabo inhumano.

¡Siguió lentamente, lentamente...

—Por dónde?, preguntó a media voz, al llegar a un pequeño parquecito.

—¡Sígueme!

Y cruzaron los jardines florecidos. Y subieron la cuesta hasta desaparecer en una ondulación de la loma Santa Ana, confundida ya por las sombras de la noche que se espesaba.

Avanzaron hasta la puerta de una casucha solitaria. Era la última. No había otra en torno. El penetró lleno de confianza. Ella se sentó en el umbral, estrechándose en sus pimpollos lloriqueantes.

De pronto, una voz femenina, insinuóle:

—Entre, Margarita.

Se volvió temerosa. Conoció la voz. No supo que contestar, por que le parecía que los ojos de la mujer, a pesar de la oscuridad, se le metían muy hondo, como si quisiera escrudinar sus recónditos sufrimientos.

—No "dentráis" vociferó el cabo envalentonado.

Entró recelosa.

Sientese, díjole la señora desconocida para ella, señalándole una silla que se hallaba junto a la mesa.

—Aquí "váis" a estar hasta mañana. El Miércoles te regresas en el tren ordinario. Y despidiéndose de la "dueña de casa", salió furioso.

Se sentó desesperada. Sus grandes ojos negros volvieron a humedecerse por el llanto. Sentía que la cabe-

za se le iba, que todo vacilaba al rededor, que toda su vida se iba tornando en una horrible tragedia de miseria.

—No llore, le insinuó confidencialmente, como si fuera amiga.

Tranquilícese. Ya le ha de pasar. No es malo. Ya ha de volver. Nosotros le hemos de conseguir. Cálmesse. Venga a descansar.

Sorprendida se bajó al suelo. Un pensamiento terrible cruzó por su mente: **el suicidio**

Se veía incapaz de sentirse abandonada, de vivir aislada de su Adolfo. Se acurrucó con sus niños hambrientos en las tablas limpias, con el alma llena de pavora, de sobresalto, inquieta de presagios, agobiada por no sabía que inexplicables remordimientos. Sus labios trémulos tararearon la última frase de la noche: "Hasta mañana".



Al día siguiente se fue a la cima.

Contempló el bellissimo panorama de la ciudad populosa.

La ancha faja del río, plateada por los rayos del sol naciente y tatuado de innúmeras embarcaciones, atrajo su atención. Se quedó inmóvil, mirando las profundas aguas, haciendo con una mano sombra sobre sus ojos.

Luego se acercó a una barraca inhabitada. Se sentó sobre un tronco rugoso y siguió contemplando enmudecida. Quédó abstraída por un simple estupor. La belleza del paisaje sin reflejarse en su imaginación, no despertaba su sensibilidad. Era como un objeto inerte sumado a la magnificencia de la naturaleza embellecida por matices divinos.

El rumor de los pasos de sus niños desfallecientes por el hambre, hizo le volver la mirada: presurosa se acercó a los pedazos de su desgracia y se puso a llorar.

Los niños se abrazaron al cuello.

Y al través del cristal de sus lágrimas, lágrimas de madre y de amante, vió reflejarse la silueta adorada de su Adolfo.

La noche pasó en vela, acariciando a los niños, pensando en la despedida. A las cuatro de la mañana debía partir, separarse para siempre, vivir su propia desventura, la desventura de mujer enamorada, leal, de madre cariñosa y buena, como toda madre.

Esperó anhelante.

Su Adolfo no venía.

—Ya vé, le dijo su protectora, ya no le vá a mandar. ¡Mejor! ¡Pobres güagüitos!

Subió a mirar el río anchuroso.

A las diez, su protectora, amiga ya, le llevó la noticia fatal.

Estaba en los escombros de la barraca abandonada.

Su Adolfo se había ido con licencia de treinta días a la capital.

Sintió que se le partía el corazón. Él, su Adolfo, que era, después de sus hijos, el único objeto de su amor, la

única razón de su vida; él, por quien había abandonado el calor del hogar paterno, para llevar en su frente el estigma del deshonor; él, que habíale jurado un amor eterno para obligarle "a dar su mal paso", le dejaba para siempre, sin decirle siquiera ¡adiós!, sumida en la más horrible desgracia....

No pudo contener el llanto.

Al día siguiente amaneció enferma. No pudo levantarse. Permaneció tendida en las tablas desnudas, delirando.

Al anochecer, en un momento de tregua, llamó a los niños, les comprimió contra su pecho dolorido, abrazándoles con sus brazos escuálidos; les acercó a los labios y les besó delirantemente, mientras sus dedos temblorosos, inconscientemente, jugaban con los cabellitos undosos.

Y volvió a delirar.

El peligro hizose inminente. Estaba infectada de fiebre. Acaso no había salvación. Fueron a pedir auxilio al cuartel cercano.

A poco, de la casa de la loma, de esa casuchita con cobertizo de zinc sobre sus cuatro lados de tablas superpuestas, groseramente unidas, bajo la luz de la luna que proyectaba la sombra de los árboles que le cubrían por todos los lados, apretándole con su vegetación y engarzándole con el verde de sus hojas, cuatro soldados conducían al hospital a la miserable víctima de la tragedia sentimental.

Y una tarde, tarde caliginosa, al oscurecer, ¡oh inescrutables designios de la naturaleza!, quizá a la misma hora en que su Adolfo, satisfecho, contestaba anhelante el "Sí" al jefe político que le casaba, la pobre Margarita, abandonada a su propia desgracia, delirando en ese amor ideal, sublime, por imposible, se debatía dolorosamente, sin esperanza de salvación, de triunfo, contra el último y formidable enemigo de la vida: LA MUERTE.

Y a las ocho de la noche, cuando en el cuartel se hacía conocer el Artículo de la Orden General, que facultaba al cabo Linares contraer matrimonio en Quito, con la señorita N., la Margarita, la pobre mujer mártir, sin abrazar, sin besar a los pedazos de su desgracia, a los huerfanitos ya "charrosos", cuyo acercamiento les estaba vedado, se confundía, rendida, en las penumbras de esa morada lúgubre de la que no se vuelve jamás. . . . !

LA LICENCIA

Y LO cumplió.
Llegó como quiso, en silencio.

Era en el atardecer de un domingo chiquito. Por eso, recordando esas viejas costumbres, no se resolvió llegar en el tren y se quedó en la estación del pueblo cercano, esperando el anochecer para darles una sorpresa a los de la casa.

Y así fue.

La familia, dos viejecitas que vivían solas, quedóse sorprendida al verle cruzar el patio de la casa solariega, "entre oscuro y claro", cauteloso y en silencio.

Sólo el can, alarmado por la extraña visita, principió a ladrar furiosamente, formando pequeños semi-círculos en torno al recién llegado, a quién, desconociéndole, miraba amenazante, con sus ojos plenos de rabia.

El soldado, atemorizado, le llamó por su nombre. El perro se acercó aullando entristecido, dando pequeños saltos, con sus ojos vidriosos como si estuvieran con lágrimas.

Luego avanzó lentamente y se quedó en el corredor, suspenso, contemplando con una alegría profunda y melancólica la vieja casona a la que llegaba después de

largos y sombríos años de ausencia. La nerviosidad, esa nerviosidad de dicha y sufrimiento, hízole estremecerse: sus ojos lánguidos se fijaron en la puerta de la sala, en el umbral, donde las viejecitas yacían inmóviles, mirando esos rostros carcomidos que atraían el suyo como si fueran dos imanes poderosos.

Pronto, ellas, se reconocieron en los ojos de él y temblaron de emoción.

El fue acercándose con paso menudo.

Ellas, enternecidas, musitaron:

—¡Agustín!

Y luego, abrumadas por la inesperada sorpresa, levantáronse con una agilidad sin igual y se abandonaron, como niñas enfermas, en los robustos brazos del soldado que, también emocionado por la visión del amado ambiente de su infancia y adolescencia y comprendiendo toda la realidad de ese pequeño mundo querido y familiar, que parecía hacerle volver a esas horas felices en que empezó a vivir, estrechaba fuertemente a las dos "tías", imprimiendo en sus rostros pálidos, bañados de lágrimas, ósculos de ternura inconfundible. Así, abrazados, permanecieron largo rato. Sus almas estaban abismadas por la intensidad del dolor, la inquietud y la alegría del minuto que vivían, solidarizadas por esa mezcla de sentimientos que les proporcionaba el retorno del hijo que tanto les había hecho sufrir.

Al fin él, como si quisiera terminar para siempre esas horas difíciles de ausencia, de trabajo, de inquietud, de

miseria y de peligro, pasadas fuera del patrio solar, confundido en ese abrazo que hacía evocar esas escenas de la infancia, de su inicial juventud de orfandad y de pobreza, díjoles conmovido:

—No tengan pena; soy el mismo, soy Agustín: pedí licencia para venir a verles.

Instintivamente, los ojos de las viejecitas, de pupilas casi marchitas, empañadas por el tiempo, atisvaron a través de las sombras, inquiriendo ávidas, sonrojadas, los pechos convulsos, el semblante del hijo que se escapó de la casa en un día de turbulencia, sin saber porqué.

—Entrá pis, hijo, dijéronle casi a una voz; y la más anciana continuó:

—Prendé una "pajuela" Margarita y encendé pis la mecha de la lámpara. E insistió:

—Entrá pis, Agustín.

A poco, la luz tenue, pálida, casi moribunda de una lámpara de kerosine aumentó la acritud de la espaciosa habitación.

—Entrá pis, volvieron a insinuarle, tomándole del brazo.

Al atravesar el umbral de la sala, sintió un raro estremecimiento. Hizo, primero, una mueca de pesar, y luego, una desconfiada sonrisa revoloteó en sus labios trémulos. Su alma, sobrecogida por esa tétrica visión de miseria, principió a sentir una pena demoleadora, unos vivos deseos de llorar. Y es que el cuadro que se presentó a su vista era sombrío: el interior de la casa, la sala,

yacía en ruínas; los muros estaban ennegrecidos; el "tumbado", desgajado, próximo a caerse íntegro; las ventanas, rotas; las chapas y aldabas de las puertas, enmohecidas, inhábiles; los cuadros religiosos que la madre cuidara en vida con todo ahinco, estaban sucios, rotos, ensombrecidos por los excrementos de las moscas. La casa parecía abandonada. Apenas, muy apenas, daban manifestaciones de vida, las camas desarregladas, los costales de "maíz desgranado" colocados en desorden, los "tulunes" de cereales arrimados al acaso en las esquinas del cuarto, la "ropa lavada" abandonada sobre las bancas polvorientas, los "trastos de cocina" puestos, esos sí, "limpiécitos" en la "batea" que reposaba "ende-bajo" de la mesa vieja, el montón de jora en gestación, cubierto con "esteras", afuera, en el ángulo del corredor deforme, irrugular, donde el Solimán, el perro viejo y fiel, después de sus alaridos de astuto vigilante, oteaba en silencio, lamiéndose de rato en rato sus ágiles extremidades, y, el ambular inquieto de las viejecitas que, sólas, sin los nietecitos bulliciosos, se disputaban por arreglar la cama "para que vaya a cainar el Agustín que "adeber" llegado cansado".

Después de un pequeño silencio, le preguntó:

—Y ¿cómo han estado?

La anciana presente, sin poder contestar por la emoción que le embargaba, hizo un gesto como si no hubiera oído.

El Agustín continuó:

—Y el Abrahám?

—Y la Concepción?

Interrogó por todos.

—Ya no más vienen contestó la anciana: ya se fue la Lola a avisarles.

Y ciertamente, en ese instante, entraron los chiquitines de la Victoria, hermana mayor, casada ya, que, cuando murió la madrecita bueno, adoptó la misión de ella para cuidar del padre enfermo y de los tiernos huérfanos.

— Margaritaaaa, ya perdistes la culpa?, gritó desde el patio la mensajera que había ido con la noticia donde la Isabel, otra hermana del recién llegado.

— No!, contestó desde adentro la interrogada.

— ¡Cariy voz, no, recriminó entrando la Lola. Y colérica ordenó: "¡A purá, a "destar" con hambre el Agustín!

— No se preocupen, dijoles cortesmente el aludido; ya merendé

Sin creerle, salieron las dos, acuciosas.

Y se quedó sólo, observando pausadamente la habitación.

Después de un instante, con pequeños intervalos de tiempo, fueron llegando los hermanos.

Casi todos concurren a la cita.

La noticia de la llegada del ausente había movido afectos y excitado la curiosidad de la familia: todos querían ver al hermano y gozar o, más bien, sentir los aleteos del dolor que suele brindar en veces el disfrutamiento de una excesiva alegría.

Al principio, contemplándole, se quedaron en silencio, recelosos.

Después, la tía Margarita, inició la tertulia familiar. Luego, como en la pantalla, principiaron a destilar los re-

cuendos, esos recuerdos tristes, siempre vividos, de las horas idas, de las realidades muertas: la relación de las escenas familiares se agolpaba en los labios trémulos de la viejecita achacosa, que había visto nacer, crecer, desarrollarse al Agustín, el muchacho, "que había empañado la pobreza de la familia haciéndose soldado".

El, sentado en medio de sus hermanos, permanecía fueraño, acaso indiferente: parecía un extraño. Todo había desaparecido en alas del tiempo: la confianza de antaño, sus juegos infantiles, sus travesuras y hasta sus pequeñas pillerías de muchacho inquieto. En otras épocas, allí, en compañía de sus primos, era así: casi siempre necesitaba las reprensiones paternas para silenciar, para sentarse tranquilo, para dormir. Y esto les causó extrañeza.

Después, por insinuación del "Raúl", el hermano menor de la familia, el Agustín inició la relación de su autobiografía, y, paulatinamente, fue apareciendo a los ojos de ellos, como un héroe, héroe egoísta, vanidoso, en la lucha furibunda entablada contra su propio destino: según él, había saboreado todos los infortunios: en su iniciación en la carrera, había sido ordenanza, limpieza, cocinero, todo, todo. Después, gracias a su afición, interés y aptitudes, habíale designado "a la fila", donde muy pronto, por su capacidad profesional, de la que les habló con donosura, había conquistado las primeras insignias de la jerarquía militar.

—Hoy soy sargento, díjoles: este grado lo conquisté "en la batalla de los 4 días", en Quito. Y entusiasmado les contó ciertos actos prodigiosos que reflejaban su valor temerario.

Y vehemente, agregó:

—Yo no sé cómo vivo.... Yo, en ese combate, cometí locuras. Y les reveló ciertas fantásticas escenas del Sanatorio, del Ichimbia; etc., de las que él, como los célebres protagonistas de las novelas de Emilio Salgari, había salido ileso, mientras a su lado habían caído muchos de sus compañeros, unos tras otros, acribillados por las mortíferas ráfagas de la "Z—B".

Momentos después, antes de que el Agustín se sirviera la cena, la Victoria, siguiendo una atávica costumbre de la familia, brindó la copa de bien venida, copa de "puro", del legítimo "puro" que, a medida que continuaban libándolo, iba transformándose constantemente, hasta que llegaron a vivir esos minutos de confianza e intimidad, fuera de aquéllos renjunos propios de la timidez, que les impulsaba a disfrutar de su carácter con amplitud.

Al día siguiente, en el orto, bajo el alero de la casa, atrás, junto al limonero, aspirando los perfumes de los azahares, de pie, con las miradas fijas en la superficie esmeraldina del solar huecos años abandonado, vivió con el recuerdo, esos años de infancia y de adolescencia deslizados en esos rinconcitos destruidos, junto a los viejos nogales, también familiares, que en la época, volvían a embellecer la casona con el follaje de sus hijuelos renacientes.

Y allí, sintiendo la honda tristeza de las cosas muertas, con una visión intuitiva del pasado alegre y bullicioso, contempló todo: la higuera, el chirimoyo odorante,

los sauces macilentos, el carrizal donde solían lucir su plumaje la multitud de aves domésticas que otrora matizaban el hogar hoy en ruinas.

Luego, atraído por la suave musicalidad de la acequia rumbrosa, se puso a rondar en contorno, lentamente, como queriendo escrudñar, bajo los plateados reflejos del sol naciente, los senderos ennegrecidos y silenciosos, el huerto húmedo y espeso, la choca de paja, antes morada de la querenda muerta, y a la zazon convertida en un establo de extrañas aves de corral y capizada o, más bien, engarzada, en parte, fuertemente, por la frondosidad arrobadora de una vieja enredadera que, más que humana, con sus flores moradas, silvestres, parecía querer ocultar la miseria, la ruda miseria de la descendencia indiferente.

El grito lánguido de un niño que le seguía, hizole volver.

—Tío Agustín!, dice mamita que venga, que "yastá" el agua caliente.

Volvió triste, cruzando un pequeño alfalfar, bajo la pequeña proyección de sombra del guabo y de los sauces que, ratados de hojas secas, sin savia, eran unos pobres despojos de una vida cambiada por las estaciones y, talvez, por la negligencia y el abandono de dos herederos descuidados e inconformes.

—Yastá pis, hijo, el agua, ¿para qué?, le preguntó la tía Margarita.

—Para bañarme, contestó.

Entró y, casi en seguida, salió con los útiles de aseo, envuelto el "pezcuero" con la toalla.

Y principió a bañarse en una "batea".

Las viejecitas quedáronse asombradas. Nunca había acostumbrado; al contrario, el Agustín "temblaba

al agua". Por eso, y por que no le gustaba dejarse "pajinar", "chupaba cuero" constantemente.

-No tienen un vasito?, preguntó después secándose la cara.

--No, contestáronle.

—Entonces una escudilla, díjoles.

Le pasaron una amarilla, de barro, tapizada en parte por algunas figuritas verdes.

Luego, sacando el cepillo de dientes de su alojamiento de celuloide, extrajo el dentífrico y continuó el tocado.

El asombro que les produjo este acto, fue sorprendente. Nunca habían visto. El Agustín había cambiado mucho. "Era un gran señor". Tenía unas costumbres que en el pueblo sólo practicaban los ricos, y eso, algunos".

Después de tomar la leche salió al pueblo.

Era día de feria.

La plaza principal, como todas las de los pueblos de la serranía en épocas iguales, hallábase "repleta" de gente de todas partes que flotaba en un vaivén inusitado y constante.

La muchachada inquieta de la localidad ambulaba por la plaza buscando las siluetas de sus prometidas que solían salir a las compras, para hablar a hurtadillas, lejos de las miradas escrutadoras de los familiares escrupulosos.

El Agustín vagó sólo, indeciso, por entre la muchedumbre compacta.

De pronto, algunos, con la curiosidad que sugiere la visión de algo extraño, fijaron sus pupilas en "la esquina de la Cruz" y sonrieron con ironía y menosprecio, ironía y menosprecio propios de poblaciones pequeñas en las que, sin cultura suficiente para justipreciar el propio valer, se juzga ampliamente de la vida ajena.

Ya ven, dijo uno, reconociéndole, como ha llegado el ocioso?

Los demás se quedaron mirándole estupefactos.

Cuando el Agustín pasó junto al grupo heterogéneo, diéronse cuenta. Era el mismo. El hijo de los Había crecido mucho. "Estaba hecho un hombre". Y en verdad que era un hombre pleno de experiencia y de vida, vigorizada año tras año en las diferentes ciudades de la República en las que había hecho guarnición. En la época estaba robusto y alegre, con esa alegría que brinda siempre la buena salud y el retorno, siquiera por días, al seno de la familia, y con esa robustez de soldado vigoroso, de deportista, que lo era, metódico, escrupuloso, decidido y constante.

Cruzó por frente a ellos con arrogancia: arrogancia de soldado, impregnada de un poquillo de vanidad y de orgullo. Y porqué no debía tenerlo? No había vuelto como se fue. Estaba bien vestido, perfectamente arreglado "de pies a cabeza": las costumbres adquiridas en el cuartel habíanle hecho cambiar su forma de vida, descuidada cuando vivía en el pueblo, vida de huérfano, en la época que la mala ventura hizole perder "la blanca estela que tierna vela junta a la cuna".

Al cruzar la calle principal tuvo miedo de sí mismo. "Todo el mundo" le miraba con desconfianza y con desprecio. Y es que todos sabían que era soldado, y el soldado, decían, es un ente que no merece ninguna clase de consideración. Este concepto primaba en la sociedad de... Además, todos sabían que el muchacho harapiento se huyó de la casa haciendo no se qué pillerías; todos conocían los antecedentes del ocioso que, cuando murió su madre, sólo, sin control, ambulaba, en pretexto de caza, con la cervatana y la catapullera en la mano por las cuadras ajenas, haciendo toda clase de perjuicios, con visibles daños para sus propietarios. Alguna vez alguien le sorprendió en no se qué substracciones: estas visiones del pasado oscuro, que pesaban en su contra de una manera contundente, eran una fuerza poderosa que agravaba la "mala fama" que ya tenían los soldados.

En "Las cuatro esquinas" encontróse con antiguos amigos de sus correrías infantiles; quiso insinuarse, pero, a media voz, contestáronle la salutación: estaba repudiado.

— Cuando se alejaba, alguien dijo:

— Todos los vagos que no les gusta trabajar, se van al cuartel a hacerse soldados.

— Cierto, asintió otro; y agregó: "Se van a ganar la plata "denvalde", a robar al pueblo, al pobre pueblo, que es el que paga los impuestos al Gobierno para que mantenga a esos ociosos.

El Agustín prosiguió, huraño, por la acera, en la cual, los altos y bajos del empedrado irregular, unidos a su vacilación e incertidumbre, hacíanle dar pasos inseguros.

Al voltear la esquina oyó un ligero rumor de voces femeninas y, sin esperarlo, sorprendidamente, se encontró frente a la Angelita, "su antigua enamorada". Prorrumpió una lánguida exhalación y quiso detenerla; pero ella, reconociéndole, se cruzó ligera, ruborizada. El, estremecido, se quedó mirándole inquieto. Le pareció hermosa. El tallc, cubierto con un fino pañolón de lana, antes pequeño y delgado, lo imaginó esbelto. El rostro que apenas le miró al pasar, reflejaba, como antaño, su exquisita blancura, embellecido con el carmín natural de sus mejillas suaves y delicadas. Los párpados, como en otras épocas, se imaginó verles agitados sobre sus grandes y magníficos ojos negros. La cabeza la llevaba al aire, peinada sencillamente y adornada con unas lindas peinetas de brillantes esmeraldinos. "Ésta muy guapa" se dijo para su caleta y, un extraño deseo agitó su pecho convulso. Y es que, ajeno a esa inocencia del primer amor, hombre de mundo, como le llamaban en el pueblo, después de recorrer varias ciudades en su ruda peregrinación de soldado, saboreando el néctar de ilícitos amóros, pensó en ella, egoísta, no atraído por el recuerdo de sus amóres adolescentes, sencillos, tiernos, puros, ni por el afán de volver a gozar de las caricias incomprendidas de la muchachita del pueblo con quien había compartido deliciosas horas de amor, de amor inocente, en el silencio de la retirada cementera, en la pequeña choza de paja construida para cuidar los sembrados, cerca de la quebrada, junto a la fuentes, sino con la ambición de saciar sus deseos sensuales, libidinosos, sus ansias de pasión carnal insatisfecha. Por eso

se quedó estático, encantado de la halagadora coincidencia que le prometía “estar de a buenas”.



Con la imaginación en la Angelita, se dirigió a la plaza, lentamente.

Al pasar por una cantina, oyó un ruido ensordecedor. Entró.

—Una cerveza, dijo sentándose.

Dos individuos, un tanto ebrios, que libaban en una mesa frente a él, quedáronse mirándole con sorna.

—Agustín, le llamó uno.

—Qué tal, Gabriel?

—Y tú?, insinuó al otro.

—Bien repuso el aludido.

—Tómate una copa, le dijo el Gabriel.

—Gracias, le contestó sonreído. Luego, fusionándose, para corresponder a la invitación de sus antiguos amigos, pidió más cerveza.

Momentos después, transformados por el alcohol, con esa confianza propia de la embriaguez, que predispone a las mutuas y recíprocas confianzas, el Gabriel, con “los codos” apoyados en la mesa, le preguntó:

—¿Porqué te hicistes soldado?

—¡Parece imposible, arguyó el Enrique, que así se llamaba el otro amigo, que tú, que tanto miedo tenías a los soldados, te hayas enrolado en sus filas. Y después de una pequeña pausa, añadió: “Te acuerdas cuando te metistes en el pondo de maíz, en la casa de

la Manuela, en el cerro, cuando nos íbamos a coger leña?

El Agustín quiso hablar, pero el Enrique, irónico, agregó:

—Yo si me acuerdo como si fuera horiíta. ¡Cómo corríamos! ¿Te acuerdas lo que se cayó la Zoila del "soberado" por esconderse?

—Mejor no nos acordemos de eso, dijo el Gabriel; tomemos trago.

Se sorbieron hasta las heces.

El Enrique continuó:

—Aquí te miran mal, Agustín; pero tienen razón: los soldados no son buenos; casi todos son ladrones, forzadores... y no sé qué más...

...Y tú...

—¿Qué tú!, le interrumpió airado el Agustín: sus labios hicieron una mueca de furia y en sus ojos relampagueantes flotó una sombra de disgusto y de desprecio. Quiso refutar acremente, pero luego, serenándose, principió a reflexionar en su pasado sombrío, a pensar en sí mismo, acosado por un fugitivo pero hondo remordimiento que le hizo revivir todas aquellas escenas que forjaron su juventud incierta, y sobre todo, meditar en esa escena más reciente vivida en Quito, cuando él, ocultando debajo del brazo la única mudada que había podido llevarse de su hermano, entró al cuartel donde el Jefe, después de escuchar su relato ingenuo, de muchacho tímido, observándole robusto, entusiasmado y decidido, le dijo que pase allí unos días, ayudando en la cocina, "hasta que haya una vacante para darle de alta".

—... Yo no quiero vindicar mi conducta, dijoles luego ofreciéndoles un cigarrillo Welcome y encendiendo

otro para él. Y continuó: acaso tengan razón de juzgar mi vida por todas aquellas grandes y pequeñas cosas que las realizamos juntos, hace muchos años, cuando ustedes y yo éramos unos muchachos traviosos, malcriados, como solían decirnos, que nos gustaba huirnos de la escuela para practicar nuestras infantiles correrías, y aún, porque ustedes saben de mi abandono y de mi orfandad, porque saben de mi miseria y de la miseria de mi familia a raíz del mayor de los desastres de mi hogar: la muerte de mi madre. . . .

. . . . Pero, ¿para qué hablar de estas cosas, de estas cosas que ustedes no comprenden, que no pueden comprenderlo, porque tienen la suerte de conservar intacto todo aquello que imprime rumbo regular a la vida: padres, hermanos, tierras, riqueza, y quizá, un poco de ignorancia de esa misma vida que más consume y más destroza cuanto más se la siente y se la comprende: cuanto más se la vive. . . . Ustedes no saben, y ojalá no lleguen a saber nunca, lo que significa perder, paulatinamente, uno tras otro, padre, madre, hermanos, y quedarse en el mundo, sólo, pobre y triste, abandonado a su propia desventura. . . . Ojalá no lo sepan nunca. . . . !!

Los dos se quedaron mirándose atónitos, asombrados de que el Agustín "hablara tan bonito".

Y más vehemente, prosiguió:

— Vosotros estáis en un error al hablar de cosas que no conocéis. No se puede hablar de nada ni de nadie sólo por el procedimiento de una observación insignificante. Es necesario vivir, sentir, comprender: es necesario analizar a las personas y a las cosas concienzudamente, con serena imparcialidad y con el afán de hacer labor benefactora, porque las apariencias, amigos, no inspiran jamás conceptos verdaderos. . . .

—Pero es que los soldados.....

—Nó, les interrumpió con la suprema majestad de un maestro. No son los soldados como les pinta vuestra imaginación, ni es el cuartel lo que vosotros presentís... El cuartel es escuela. Sabéis? Escuela. Yo, en medio de mis fracasos, me alegro de verdad el haberme inclinado a ser soldado. En el cuartel, si no soy algo, como en la escuela, aprenderé algo... Aprenderé las lecciones de la experiencia....

Es cierto, continuó después de insinuarles un trago, yo fui al cuartel por necesidad, y acaso este es mi mal, precisamente, este es el mal, en gran parte, de nuestra institución: se llega a ella por necesidad, por pobreza, por falta de trabajo, no por inclinación, y peor por vocación... Pocos, muy-pocos, son los convencidos. Pero no duklo, algún día se irá a esos recintos como van los niños a las aulas escolares.

Algún día será el cuartel la continuación obligada de la escuela que muchos no la han frecuentado, porque en el cuartel, aunque es templo de Marte, oficiamos también en su tabernáculo a Minerva, "por que élla, como el dios de la guerra, con su lanza y su casco, que son su emblema, hiere de muerte al error y lucha en las filas de los humanos, en defensa de las causas sublimes.... No lo dudéis: algún día aparecerá solidificada esta trinidad constructora: **hogar, escuela y cuartel....**"

—Pero, dejemos estas discusiones. Es ya tarde, y creo que la hora es oportuna.

Yo quiero que me acompañen. Tu Gabriel, supongo habrás mejorado tus habilidades. Vamos a dar serenos. Quieren?

Si es por mí chofito, dijo el Gabriel, encantado..

—Por mí lo mismo, dijo el Enrique.

Salieron.

Afuera, la noche estaba tranquila: una leve brisa murgía en el silencio, haciendo mecer despaciosamente las hojas de los árboles iluminados apenas por las fosforescencias de las bombillas eléctricas y por los pálidos fulgores de la luna.



Al día siguiente, al atardecer, como en otras épocas, el Agustín, paseaba lentamente por el senderito blanco de la quebrada, divagando en silencio, aturdido por la desesperación de la espera.

El viento sollozaba en las movedizas ramas de la floresta.

Las nubes caminaban veloces por el cielo, como huyendo derrotadas y se confundían en el horizonte crepuscular.

Parecía que el sol, el monte, los zarsales, el arroyuelo cercano, las aves, todo, todo lo móvil e insensible, se aprestaban a ser los testigos mudos de un holocausto en aras de Cupido.

De pronto, sus miradas se fijaron en el "portillo" del capulí: una silueta se deslizó lentamente: era ella. Al acercarse, bajó la vista, sin poder mirarla: la vehemencia del instinto hízole amilanar.

Ella, contemplándole, se puso pálida, más pálida que de costumbre, y tuvo miedo: ese miedo rudo y frío que inspira el presentimiento del peligro.

Se acercaron.

Luego, en silencio, cogidos de la mano, sin mirarse, siguieron por el sendero estrecho y serpenteado, hasta acercarse a la chocita de paja, muda testigo de dulces horas de amor, confundida en el fondo esmeraldino de la "cementería de maíz".

—Siéntese, dijo ella al entrar, con voz trémula, tímida y ruborizada.

El se puso ante ella, y medroso y zalamero, cogióle las tiernas falanges, con la aparante delicadeza que le impulsaba la vehemencia del deseo inspirado por la muchachita apetitosa.

A poco, la esfinge adorada del primer amor se confundió en las sombras.

Y se quedaron absortos, estrechamente unidos, rendidos a la realidad, a la dura realidad de la vida...

Se amaron.

Fue la primera vez.

El Agustín había cambiado mucho, mucho.

Como le decían en el pueblo, "era un hombre".

Días después, cuando la licencia llegaba al término, el Agustín se fue como vino, en silencio.

De nadie se despidió.

En la estación, abrumada su alma por el dolor y la inquietud momentáneos que le inspiraba el remordimiento de la escena con su Angelita, a quien ni siquiera dijo adiós, se confundió entre la multitud, adentro, en el fondo del espacioso convoy.

Luego el tren principió a recorrer, ebrio de distancias, por esos campos llenos de verdor: la locomotora aparecía y desaparecía con una vertiginosidad asombrosa por entre los eucaliptos de la serranía, como si fuera un cómplice que quisiera ocultar en la lejanía, como muchos años antes, la nueva falta del Agustín en el pueblo que ya principiaba a escucharle y a desvanecer sus infundadas conjeturas.

EL PICHON

UN estremecimiento de la noche difundió en el espacio el sonar de las horas de los relojes de la ciudad. Posteriormente, después de un pequeño intervalo, del reloj del Palacio de Gobierno, repercutieron dos campanadas. Eran las dos de la madrugada.

Una blanda Movizna se derramaba en el ambiente helado cuando una silueta vacilante que ambulaba por la calle "Los Ríos", se acercó a una casita solariega. Sigilosamente, llegó hasta la puerta sucia, ennegrecida. Era un sargento que había salido del cuartel "con pichón". (1)

Cautelosamente, con el corazón palpitante, nervioso, trémulo, excitado, observó a través de la fría cerradura. Quedó asustado. Un murmullo de voces alagres repercutió en el interior del cuarto semi-oscuro. Escuchó con más atención, paciente y silenciosamente. De pronto, como momentos antes el vibrar de los relojes de la ciudad, llegó a sus oídos el eco de la risa vibrante, cuyas modulaciones le eran ampliamente conocidas: la risa de su querida, risa armoniosa y sutil. Un frío estremecimiento hizo temblar. Estaba sobreco-

(1) Pichon se dice en el cuartel los alejamientos clandestinos.
N. del A.

gido. Unos recuerdos extraños, cosas hasta entonces imperceptibles, inseguras, que alguna vez habíales sentido con la incertidumbre propia de la duda, cruzaron por su mente vacilante como un relámpago fugaz. Esas cosas inexpresivas, confusas, que muchas veces habíanle parecido bagatelas sin importancia, al momento, punzábanle como dardos calcinados, hirientes. Se acercó más a la puerta, y, juntando las orejas, alternativamente, a la chapa helada, escuchó "sin respirar", como si quisiera captar por la cerradura, la escena amorosa que se desarrollaba en el fondo, quizá en la cama, e intuir toda la ruda realidad viviente. La risa armoniosa volvió a repercutir estridentemente, con ecos que tenían muchas sutilezas, muchos significados. . . . A esos ecos vino a sumarse la risa o, más bien, un grito ronco, insolente, de macho triunfante, de hombre que. . . .

No se pudo contener.

Aquel grito, carcajada fascinante del deseo satisfecho, hizo que las miradas, torvas ya, del sargento, lanzaran sombríos relámpagos, que sus puños se apretaran y que sus músculos que ansiaban distenderse, demostraran bien claro el odio furibundo que rebosaba en su corazón.

Dió un salto como fiera embravecida y sacudiendo furiosamente la puerta que le separaba del lecho pecaminoso, lanzó epítetos que seguramente hicieron estremecer a los culpables.

La adúltera que hasta entonces había permanecido acostada sobre los músculos de su nuevo amante, acariciada por la lascivia del macho vehemente, y cuyo cuerpo aparecía mal cubierto por una ligera muselina, al oír los gritos desafiantes, amenazadores y el chirrear de los goznes de la puerta tambaleante, se levantó brus-

camente y, como única y última defensa, tomó la botella, la botella del licor excitante que yacía sobre la mesa, junto a la cama, destrozó fébrilmente la bombilla eléctrica y se ocultó bajo las cortinas analolientes, mientras el intruso permanecía inmóvil, pasmado, irresoluto, agobiado por el temor y la cobardía, —cobardía y temor de todo delincuente, de todo culpable,— a pesar de la jerarquía, que hacían vibrar sus carnes opulentas, con un estremecimiento que jamás lo había experimentado.

Un nuevo y formidable sacudimiento hizo caer estrepitosamente la puerta destrozada. El sargento penetró furiosamente al interior. La culpable se acurrucó en la cama temblando. El sargento permaneció algunos instantes inmóvil, con los ojos ciegos por la ira, fijos en los puntitos iluminados por la luz pálida de la calle y abstraído en profundos pensamientos, temblorosos los labios y los brazos cruzados estrechamente sobre el pecho, como si quisiera sofocar la sorda cólera que rugía en su corazón.

Las sombras tenebrosas de la ira, junto con la obscuridad del cuarto nauseabundo, acre, facilitaron la fuga del profanador.

A poco, y como si bruscamente hubiera tomado una rápida resolución, con los brazos extendidos para no chocar con los objetos, atravesó el cuarto, a tientas se acercó a la cama, y escrudifiando, vociferó:

—¡Prendé la luz, miserable!

El apóstrofe tuvo por contestación el silencio.

—¿Me oyes?, rugió el sargento vehementemente.

—¡No hay luz contestó la hembra en tono desafiante. Y además, continuó, no hace falta la luz para terminar!
¡Vete!

El encendió un fósforo.

Ella, como la loba herida, saltó de la cama y, con la botella en alto, díjole:

—¡Pógame!

—¡Eres una infame, una....!

—¿Qué? ¡Tuya es la culpa! ¿Cuánto me dais?... Yo no tengo necesidad de agradar, de sentirme deseada, de dejarme poseer por placer, por vicio.... ¿Sabes?... ¡Nó!.... Tengo necesidad de vivir, de tener con que vivir.... ¿Entiendes?... Estoy cansada de tus caprichos.... la necesidad ha aumentado mis deslices....

Y se quedó en silencio, un silencio espantoso.

—¿Qué de mi ropa?, volvió a decirle sarcásticamente.... Toda empeñada.... ¿Y por quién....? ¡Véte!... ¡Hemos terminado!...! Tú no tienes necesidad de mí.. Yo tampoco.... ¡Salí de mi cuarto!, antes de que te destape con la botella....

—Oye mujer....

—Salí de mi cuarto, insistióle inexorablemente.

El cuerpo de la mujer se estiraba en un espasmo de suprema crueldad: estaba violentísima, sombría, terrible. Los ojos relampageantes, parecían salirse de las órbitas....

El sargento se estremeció atemorizado, impotente. Vislumbraba el crimen. Sin proferir una palabra más, tambaleándose, salió del cuarto, ebrio de furor y de convulsiva desesperación.

Al cruzar la esquina, una pitada larga, le indicó la presencia del "ronda de policía"

Eran las tres y media de la mañana.

Las campanas de la Compañía plañian el "Ave María".

Indeciso se dirigió al cuartel.

Un hondo silencio, silencio de cementerio reinaba en la prevención.

El centinela, cubierto con una frazada, apoyado en el fusil, dormitaba tranquilo en la garita.

El "clase de servicio", sentado en las gradas de acceso a la "mayoría", somnoliento, yacía apoyado la cabeza sobre un libro abierto que tenía sobre las rodillas.

A través de la ventanilla de la puerta principal, veíase al oficial de servicio inclinado sobre el escritorio, con los brazos cruzados en el "libro de novedades", la cabeza apoyada en ellos, rindiendo fervoroso culto a Morfeo.

El sub-oficial se resolvió.

Nadie lo sentiría.

Cogióse de las barandas de fierro de la ventana y, rápido y en silencio, trepóse al friso de la puerta y de allí al pasamano de la ventana superior.

Nadie se dió cuenta. Estaba salvado.

El retumbar de los pasos en los ámbitos de la vieja escalera, despertó al clase de guardia. Quedóse en silencio. Luego se dirigió a los W. C. de Oficiales, cubrióse con el capote escondido en él y, colocándose las cacerinas dejadas junto, se fué a la prevención con paso seguro.

—Sin novedad el servicio, mi sargento, dijo altivamente, "cuadrándose" frente al clase semi-dormido.

El oficial movióse en el escritorio, parecía despertarse.

El clase de guardia, cómplice para el "pichón", se incorporó, y, "fregándose los ojos", llamó al sub-oficial culpable que ya se alejaba:

—¡ Velásquez.... !

—¡ Firme, contestó el clase un tanto aturdido.

Acercáronse recíprocamente.

—Vamos al calabozo. Hay la orden de que en "cuanto" vengas, te metan al calabozo.

Rióse Velásquez, y objetó:

Eso no puede ser; nadie se ha dado cuenta de mi evasión.

Efectivamente, el clase de servicio, sargento Cangas, conocía la situación: era cómplice; luego, no podía descubrirle.

Se puso vacilante. ¿Sería, acaso, el oficial que había atentado contra su honor? ¡Nó! El, más que nadie tenía que ocultar la falta: descubrir era descubrirse.

Cangas continuó:

—Has estado de a malas.

Y tomándole el brazo se dirigieron al interior del cuartel.

Cerca de las tres de la mañana, dijo Cangas, vino el Teniente V. y averiguó por voz, para que arregles las armas que van a dejar mañana en Riobamba, al Regimiento C.

—¿Qué armas?, inquirió Velásquez, ya inquieto.

—Las Wiker Máxin. Tú has estado nombrado para esa comisión.

Y se quedaron en silencio.

—Ya comprenderás mi compromiso. Sin tener como salvarte, tuve que inventar que estabas con un fuerte "dolor de estómago" y que no podías levantarte. Que-

dó convencido mi Teniente. Pero dió la orden de que hables con él a las cuatro de la mañana.

—¿Y entonces....?

—¡Nada! Una hora después, el sargento Ayala, como si yo hubiera profetizado tu enfermedad, ha caído con un "cólico" furibundo. El Jefe del cuartel ordenó, en vista de su gravedad, que lo trasladen en seguida al hospital. Y como las camillas están en el cuarto chiquito de la tercera compañía, buscaron al clase de semana para que entregue. Y como tú tienes la llave....

—"Tras cuernos palos", dijo enternecido el sargento.

—Así que, aún yo quedo comprometido....

—¡Nó! ¡Yo te salvaré! ¡El culpable soy yo! ¡No!... El culpable....?

—Vamos a bajar las frazadas.

Momentos después, con el corazón herido, inquieto, pesaroso, más por el abandono de la morena encantadora, a quien había amado con desesperación, que por la sanción de sus faltas múltiples, Velásquez, con lágrimas de furor y de despecho con los ojos, abandonóse en las penumbras oscuras del helado calabozo.

Y cuando el silencio llegó a ser absoluto en aquella lóbrega mansión iluminada apenas por los pálidos fulgores de las bombillas opalescentes, aquel hombre que había abandonado el servicio, dejado su compañía, sintió la suprema necesidad de ser juzgado con prontitud, "dado de baja" en seguida, antes de que se extinguiera por completo el amor de la mujer que con la botella en

aito, como el Arcángel de la leyenda bíblica a los primeros moradores del paraíso terrenal, le abandonara de la estancia de sus placeres.

Llegado al término de su carrera por sus continuas faltas, se veía incapaz de soportar la agonía del placer, impotente para destrozarse las cadenas que le ligaban a ELLA, con un amor nítido, bello, precisamente, en el instante que había comprobado su felonía, en el mismo instante que llegó a comprender el escarnio con que la había estado envileciendo... cuando seguro, por sí mismo, había palpado, a pesar de la sombra, de la soledad y el silencio, cómplices de su desventura, el deslizamiento cauteloso del profanador de su dignidad de hombre....

Una lágrima furtiva rodó por sus mejillas pálidas.

Y languideció acosado por el dolor de amar, ¡oh sarcamo!, acicateado por la traición de la mujer infiel...!



Al día siguiente, cuando el tren ordinario conducía a la comisión que iba a dejar las armas al Regimiento C., Velásquez, dado ya de baja sin trámite alguno, entristecido, se dirigía a la casa solariega de la carrera "Los Ríos".

Al llegar a la esquina próxima, quedóse incierto.

Las palabras últimas de su amante: "**Tengo necesidad de vivir, de tener con que vivir**", se agolparon en su mente conturbada. Instintivamente, se buscó en los bolsillos: no tenía ni un solo centavo....

Avengonzado de sí mismo, sintió infiltrarse en sus venas la necesidad de olvidar, de abandonarle también, a la mujer cruel. Y se resolvió....

En voz baja se impuso la consigna irrevocable:

—“Me voy a mi hogar, donde mis padres”..

Y el dinero, la falda del dinero que todo lo corrompe, le alejó de la sombría ruta de la abyección.....

**ESE ES EL PAGO DE LA
CARRERA**

Amanecer, en el alba, en esa hora gélida para quien ha velado por la noche, en esa hora que fatiga y desanima, en esa hora que hace perder la esperanza concebida en el sueño y hace sentir en el alma el peso enorme del universal despertar, un sujeto, esquivo, escrutando ávido las calles silenciosas de la ciudad semi-dormida, se deslizó cautelosamente de la ventana de una casa inconclusa.

Era en la carrera Venezuela.

Allí tocar el helado pavimento, fue sorprendido por el "chapa" que regresaba del servicio a incorporarse a su fracción. Se quedó vacilante, inquieto, receloso, como un delincuente capturado *infraganti*.

El policía le detuvo.

—Señor, yo no he hecho nada, le dijo recobrando un tanto su muerto espíritu militar.

No le quiso oír. Era una oportunidad que le brindaba la suerte para aparecer como un guardia exacto cumplidor de sus deberes y encubrir su falta al servicio, abandonado por cortejar a la cocinera de sus predilecciones.

—Señor, yo no he hecho nada, volvió a insistirle el detenido, ocultando su maleta pequeña bajo la blusa de kaki sucia, ennegrecida, cebosa.

—En la Policía lo dirás, le contestó el guardia, entusiasmado por el recuerdo venturoso de sus amores satisfechos. Y le condujo al cuartel de la Carrera Cuenca.

—“Por sospechoso”, indicó al Anotador, y le entregó al carcelero.

—¿Por qué te traen?, preguntáronle los demás presos cuando atravesó los dinteles del húmedo y lóbrego calabozo.

—¡Por nada!, contestóles casi en silencio.

—¡Por nada!, murmuraron a una voz los delincuentes.

—A estos sitios siempre se viene por nada, dijo sarcásticamente un hombre alto, barbudo, nauseabundo.

El nuevo preso se acurrucó en un ángulo oscuro, e incapaz de entablar conversación con esa serie de delincuentes de “baja ralea”, se puso a meditar en todas las causas de su fatalidad y a renegar, sin pudor y sin miedo, de la Institución que, según su decir, había agotado los mejores días de su juventud.

Sintió un extraño decaimiento. Su vida, antes risueña, entusiasta y viril, principiaba, no se por qué secretos misteriosos, a modelarse por los caprichos inescrutables de la suerte: era una abstracción ilusa, de utópicos pareceres, que le obligaba a la fuerza someterse a sus tétricas imposturas.

Instintivamente, se dió cuenta de su triste situación, y en silencio, repitió para sí el parte oprobioso del guardia incomprensible: “Por sospechoso”.

No pudo contener el embate furibundo del dolor. Las mejillas encendiéronsele por el fuego del rubor, por la vergüenza que al fin llegó a apoderarse de su ser.

Luego, convulsionado, renegando furioso, volvió a hablar "entre dientes", parodiando unas palabras fraternales:

"Los seres que sufren debieran ser siquiera insensibles, ajenos a pretensiones, desprovistos de añoranzas".

"¿Para qué los sentimientos, si éstos trastornan los vínculos sagrados de la comprensión íntima?"

La presencia del carcelero hizo interrumpir su coloquio íntimo.

—Vamos a la Comisaría, díjole.

Se levantó despaciosamente y le siguió en silencio.

Estaba sobrecogido. Sus andrajos y sus huesos parecían doblegarse bajo el peso invisible de la miseria y de la desesperación: de esa miseria que teme y de esa desesperación que acobarda.

—Siéntate, le dijo el Comisario.

Vaciló un momento. Luego, como su vida en los momentos de placer y de disipación, su cuerpo se desplomó en el asiento que muchos delincuentes habían rozado sus andrajos miserables.

—¿Cómo te llamas?

Tuvo vergüenza de pronunciar su nombre. El recuerdo del padre muerto y de la madrecita enferma, atóle la garganta y no pudo contestar.

—¿Cómo te llamas?, insistió el Comisario.

—José Miguel Ibáñez, contestó a media voz, con la cabeza baja y los ojos casi cerrados.

—¿De dónde eres?

Un nuevo y frío estremecimiento conmovió todo su ser. Sintió una horrible impresión de vacío, de ansiedad, una zarpa en el estómago, un vértigo inesperado. La visión del pueblecito lejano se reflejó en su imaginación como una realidad viviente frente a sus ojos ve-

lados de lágrimas, de lágrimas que se contuvieron en los párpados, como respetando la palidez del rostro demacrado y sucio. Pensó en la primavera de su vida, y en la primavera de su pueblecito amado y abandonado. La chocita de paja a orillas de la acequia rumorosa; el cañaveral que tapizaba la campiña que daba frente a la fachada; los sauces silenciosos; los geranios de la ventana y los árboles del contorno, se reflejaron en su mente llenos de belleza y de emotividad. Y esos recuerdos, recuerdos lejanos de la casuchita quizá desierta, le mordían el corazón y le ataban la lengua. Al fin, humillado y vencido, incierto como la luz del amanecer de esos crepúsculos lejanos, que evocaba conmovido, sintiéndose sólo en la penumbra de la Comisaría desarreglada, tan sólo como cuando en la loma de la casa esperaba la noche, mirando a lo lejos, detrás de las cimas, la puesta del sol, esperando la noche lóbrega de su alma perdida, tarareó quedamente el nombre del pueblecito de la provincia septentrional:

—Soy de

—¿A qué venistes a Quito?, le preguntó

Paso a mi tierra, dijo. Vengo de Guayaquil.

—¿Qué hacías en la casa que te sorprendió el guardia?

—Como no tengo amigos, ni conocidos, ni dinero para pagar el hotel "dentré" a pasar la noche allí.

—Pero tú has sido soldado, le dijo el Comisario, fijando su mirada penetrante en el uniforme desnaturalizado.

—Si señor, contestó avergonzado.

—¿De qué Unidad fuistes?

—Del

—¿Hay alguien que te conozca en las Unidades de aquí?

Se estremeció. Y recién, frente a la imponente del Comisario, se puso a mirar en el espejo de su propia personalidad, desnudamente, horrorizándose de sí mismo, acosado, no por temor de la infracción que se le acusaba, ya que era inocente, sino por el peso de sus faltas anteriores, faltas de cuartel, que abandonándole a la miseria, le habían puesto al borde de los abismos del crimen.

Ibáñez, el ex-cabo Ibáñez, era conocido, muy conocido en las Unidades de la capital, física y moralmente: físicamente, como deportista, por sus varios triunfos, individuales y colectivos, obtenidos en los torneos militares; y moralmente, porque a la zazón yacía en las Mayorías, de las Unidades de Quito, como en las demás de la República, la fotografía que le identificaba "como indigno de pertenecer al Ejército, por su baja de mala conducta".

Después de una pequeña pausa, quizá en busca de palabras para contestar, hizo un ademán de levantarse, pero volvió a sentarse indeciso, con el rostro encendido. Luego puso la mano en la frente, meditabundo, como queriendo recordar el nombre de alguna persona para pronunciarlo, acaso susurró silenciosamente algo, porque en su boca dolorosa se dibujó una sonrisa, pero volvió a sumergirse en el silencio, en ese silencio que es la expresión viva del dolor, del arrepentimiento; en ese silencio impuesto por la tristeza, en ese silencio de meditación y de tedio que es distinto, muy distinto del silencio de la noche.

La indecisión complicó su culpabilidad.

El Comisario lo dijo:

—Con el silencio, no puedes desvanecer la acusación. "Vais" a permanecer en el calabozo hasta que te resuelvas a decir la verdad. Y tocó el timbre.

A poco se levantó lentamente, compungido, indiferente, sordo al eco de las voces de la "sala de espera", dejando que su espíritu vagase tras las imágenes evocadas que, acaso, con su influencia, podían volverle la perdida libertad, y que no osó nombrarlas frente al comisario, por temor, por vergüenza.

Trás breves instantes, en el dintel de la puerta, apareció el guardia.

—Llévale al calabozo a este bribón, ordenó el comisario.

Al escuchar la orden lacónica, algo incierto, indefinido, horrible, inundó el espíritu del infeliz; bajó los párpados semicerrados, aparecieron velados los ojos; las manos exangües temblaron indecisas, apretándose luego, convulsamente, bajo la blusa sucia.

Sin mirar, inmóviles los labios, obedeció la insinuación del guardia, y le siguió lentamente.

Al descender la vieja escalera, se encontró con el Coronel X. Era el Intendente. Se sobrecogió ruborizado. El Coronel le reconoció.

—¿Qué haces por aquí Ibáñez?, le preguntó en tono casi familiar.

Se quedó en silencio.

—Está preso contestó el guardia.

—¿Por qué?, inquirió el Coronel.

—¡Por nada!, contestó a media voz el ex-cabo.

—¿Ya te juzgaron?, volvió a preguntar el Coronel.

—Ya mi Coronel, contestó el guardia.

—Llévelo a mi despacho, ordenó el Coronel. Y añadió: "Ya regreso".

Una ola de esperanza le inundó el espíritu. Y, pensando instintivamente en la escena en que con la potente virilidad de su músculo, habíale defendido al Coronel de un agresivo ataque popular en las calles de la capital, se dijo: "Estoy salvado".



—Ya me he informado de todo, dijo el Coronel al entrar en su despacho. Y sentándose, continuó: "Me sorprende que hayas descendido a ese plano de abyección y de miseria. Tú....."

—No he hecho nada, dijo, interrumpiéndole, Ibáñez.

—¿Cómo! Si me dicen que el policía de servicio te encontró descendiendo de la ventana de una casa....

—De la ventana de una casa inconclusa, inhabitada, dijo Ibáñez. "Dentré" allí porque no tenía donde dormir.

—Y, ¿por qué pediste la baja de la Unidad?

Vaciló Ibáñez. Y luego, impotente, cobarde, incapaz de sentir y de comprender su propia culpabilidad, arguyó:

—"Ese es el pago de la carrera...."

El Coronel se sorprendió al escuchar la frase que también él, en un día no muy lejano, la pronunció enfáticamente, en los bancos del Parque de la Independencia, en esos bancos, testigos mudos y fieles de los confubernios políticos de casi todos los desocupados, y de la murmuración de algunos renegados de la milicia, que viven allí, diariamente, sus horas de ocio y de miseria moral, cuando, por ajetreos políticos en contra del régimen establecido, alejaronle de las filas armadas, por haber desvirtuado su misión de Jefe y faltado al deber, al verdadero deber de soldado leal y pundonoroso.

—Me dieron de baja por egoísmo, por envidia, por las calumnias de mis compañeros, continuó Ibáñez...

Se interpuso un pequeño silencio.

Luego, instintivamente, como queriendo ocultar sus faltas con las virtudes que un día practicó, prosiguió:

—Usted me conoce, mi Coronel. Yo no he sido un mal clase. En todas partes he puesto muy en alto el prestigio de mi Unidad....

El Coronel hizo una señal de aceptación....

Efectivamente, Ibáñez era un buen clase. Quito y Guayaquil eran testigos de sus triunfos. En Quito, en el Centenario de la Independencia, conquistó verdaderos gallardones de honor: bajo la blusa de kaki sucia, regalada por un amigo cuando le dieron de baja, y que a la zazón cubría sus carnes malolientes, llevaba las cartulinas amarillentas que atestiguaban sus triunfos. De las medallas habíase desprendido últimamente, para satisfacer premiosas necesidades: **Las necesidades del estómago.**

En Guayaquil, también en el Aniversario de la Independencia, en Octubre, fue conducido en hombros por sus compañeros por su triunfo espléndido en "Carreras de velocidad". Junto a los demás, llevaba el Diploma concedido por el Municipio de la ciudad heroica.

Y de estos aspectos de su vida le habló al Coronel, con envanecimiento.

Pero, ingrato y cruel, sin comprender que todo su prestigio lo había destruído por su vanidad y por su consagración única al placer, a la disipación, acostumbrado ya a engañarse a sí mismo y a engañar a sus superiores, no tuvo el valor de reconocer que los triunfos obtenidos y los lauros conquistados, que muchas veces habíanle hecho sonreír con inefable fruición, al palpar el éxito de las victorias alcanzadas, fueron sólo una consecuencia de la cultura general que le brindó un día esa institución de que ahora renegaba. Aún más, impotente, cobarde, incapaz de sentir y comprender su propia culpabilidad, fue impotente, cobarde, e incapaz de reconocer sus errores, que es la peor cobardía, y de pensar siquiera momentáneamente en la enmienda que podía prodigarle su regeneración. Recordaba al Coronel esos triunfos que fueron motivo de enaltecimiento, de orgullo, quizá de envanecimiento, no para volver a recuperar la entereza de ánimo, la fuerza de voluntad, el carácter, virtudes deportivas que le habían impulsado al triunfo, sino para ocultar, vanidosamente, su mísera existencia que se estrellaba en un piélago de horribles desengaños, cernidos en el sendero de su vida; no por la fatalidad, sino por el culto rendido a los dioses del placer, en los precisos instantes en que sus esperanzas o, más bien, sus aspiraciones iban a ser efectivas. Y así, buscando un antídoto para su mal, solo encontró

un síntoma discorde de la desesperación. Estaba destruído por la vida.

—“Ese es el pago de la carrera”, volvió a decirle al Coronel, después de hacerle la relación de sus triunfos y de enseñarle los diplomas, olvidando todas sus tragedias, y pensando ¡quién sabe! en que lejano drama de su vida libidinosa, fría, muda, sin sangre.

—“Estais” en libertad, le dijo el Coronel. Yo he quedado de garante. Puedes venir a dormir en alguna “cuadra” de la Policía. Ya voy a dar la orden para que te dejen entrar.

Con esto, el Coronel, le retribuyó su reconocimiento.

—¡Gracias! mi Coronel, contestó Ibáñez.

Y salió....

Y salió tambaleándose, a pasos lentos, como perseguido por un fantasma ululante, empujado por una fuerza ciega, por la fatalidad inevitable, por esa fatalidad forjada por sí mismo....

Y se encaminó hacia la eterna tiniebla: la vida....

Y continuó viviendo su deformidad, la vergüenza, el amor, el odio, la ingratitud, las necesidades tormentosas, la maldición, su propia maldición perpetua..... La vida..... su propia vida.....!

LA CONFIANZA

ESTO es ya insoportable, dijo el Capitán, concluyendo la lectura del parte, casi a media voz.

Y sentándose en la silla del escritorio, añadió:

—No hay corrección posible.

Y se quedó vacilante. Era la cuarta vez que tenía partes de esta naturaleza acerca del primero R. No comprendía. En el cuartel, el mencionado sub-oficial, era correcto, puntual, amante del estudio, disciplinado, trabajador, y hasta severo y justo en el ejercicio de sus atribuciones. Por esto, para no proceder ligeramente, y quizá para no imponerle la sanción que merecía la falta, que a decir verdad era grave, y más bien con el deseo de atenuarla, el Capitán U. comisionó al Teniente F. de su compañía para que efectuara una investigación prolija y elevara el parte correspondiente por escrito.

Y el Teniente lo cumplió con estricta puntualidad.

Y a satisfacción.

El parte era sereno, imparcial y convincente;

Para afirmarse mejor, volvió a leerlo con detención.

No había duda: el primero R. era culpable de todas las fatales consecuencias del altercado.

Sin vacilación tocó el timbre.

(Casi simultáneamente, en el umbral de la puerta apareció el ordenanza.

—Llama al primero R. de la primera compañía, le ordenó.

Y levantándose, principió a pasearse diagonalmente en la habitación, frente al escritorio lleno de libros y papeles en desorden.

Después de breves momentos, un tanto tímido, se presentó el sub-oficial.

—Permiso, mi Capitán.

—Adelante!, contestó el Capitán con el ceño fruncido.

Entró.

El Capitán continuó paseándose lentamente.

Luego, deteniéndose frente al primero que se hallaba con la mirada al suelo, le preguntó:

—Al fin, es o no verdad la nueva falta que se le acusa?

—No mi Capitán, dijo el primero con firmeza, como queriendo desvanecer por completo todas aquellas inculpaciones.

—Lea esto en voz alta, le ordenó el Capitán, tomando el parte del escritorio.

Un tanto asustado, el primero, desdoblando la hoja de papel que le entregó el Capitán, leyó conturbado:

—“Ejército del Ecuador. . . .”

—Eso nó; y acercándose, le indicó: “Desde aquí”.

El primero prosiguió:

.....

“Lugar del acontecimiento”

“El escándalo háse realizado en la casa del cabo M., situada en la carrera Lourdes, intersección Sucre, más o menos a las cuatro y media de la mañana del día veinte”.

“Motivo de la reunión”

“Como es costumbre en nuestro medio, en la habitación del indicado clase, habíanse congregado, familiares y conocidos, a festejar el onomástico de la señora de M. llamada Josefina. Como es natural, para este cumplimiento social, han ido llegando paulatinamente los invitados; los primeros en asistir habían sido el sargento C. y el cabo N. con sus familiares; luego, con pequeños intervalos de tiempo, sucesivamente, algunos amigos del cuartel y “de la calle”. El primero R., según las informaciones recibidas, ha entrado en la indicada casa, mas o menos a las once y media de la noche, continuando allí hasta el amanecer, es decir, hasta después del incidente en el que también tomó parte directa para defender, según su decir, el nombre de su Batallón ultrajado”.

“El escándalo”

“Aunque no se puede precisar la forma ni el móvil del altercado en toda su amplitud; ya que ésta no es una información sumaria que esclarezca los hechos bajo declaración juramentada de los protagonistas, el escándalo se ha desarrollado en la siguiente forma:

“Cuando todos habían estado ya “con humor”, inclusive el soldado G., que también había ido “al santo”, ha llegado una orquesta compuesta de “dos civiles”, cuyos nombres no se puede señalar y el cabo E. del Batallón J.; momentos después el músico P. y, casi acto seguido, la señora M. esposa de éste, quien, al entrar, lanzando epítetos desagradables contra el esposo y las personas allí presentes, habíale agredido alevosamente a aquél con el “taco del zapato”, promoviendo así el escándalo pie:

no de la confusión y el desorden muy propios de la ofuscación que trae como consecuencia el furor de la embriaguez”.

—Es esto verdad?, le interrumpió el Capitán.

El primero se quedó en silencio, ruborizado por la veracidad de la información.

—Siga leyendo, volvió a ordenar el Capitán, reconociendo en el silencio, que en veces es el mejor acusador, la complicidad o, más bien, la autenticidad de la falta cuya relación era incapaz de rebatir, confirmando así el poco apego a la responsabilidad reflejada en los interrogatorios realizados en aquella misma habitación, muda testigo de las discrepancias sustanciales.

El primero continuó:

...“Alarmados por el incidente, en el primer momento, todos, según parece, han querido mediar para volver la calma y continuar la farra interrumpida, sin conseguir nada por la obstinada furiosidad de los protagonistas, quienes, con sus insultos hirientes y agresivos, han despertado la susceptibilidad del soldado F. que, recriminando al soldado P. por su cobardía, ha tomado a la señora de éste por los brazos, lanzándole con energía a la cama existente en un ángulo de la indicada habitación, donde ha surgido el nuevo incidente con el cabo E., el cual, saliendo por los fueros de la mujer ultrajada, ha desafiado a todos los concurrentes “como hombre”, de uno en uno, indilgándoles calificativos indignos para un ciudadano, y más aún para un soldado, y especialmente para un soldado que lleva en sus antebrazos la insignia de una jerarquía. Es en este instante que el primero R., que dicho sea de paso, ha estado en íntima familiaridad con todos los concurrentes, abandonando a la Sra. enfurecida, se ha lanzado contra el cabo E., a quien ha tomado del cuello

y es recadándole fuertemente contra la pared, increpándole con dureza por la ofensa inferida a los clases y soldados de su Batallón, hasta culminar con los golpes de armas contundentes que han producido las consecuencias ya conocidas por esa Comandancia”

—He ahí, primero.

El sub-oficial quiso hablar, acaso explicar la verdad, para no continuar la lectura del parte que confirmaba, hasta en sus más mínimos detalles, toda la ruda realidad del escándalo que había motivado los epígrafes abrumadores de la prensa de la localidad, en contra del prestigio de la Unidad hasta entonces llena de honrosos antecedentes.

Pero el Capitán, altivo, sereno y resuelto a hacer convencer al primero, por su propia vista, la gravedad de la falta, volvióle a ordenar:

—Adelante.

El primero, nervioso e indeciso, prosiguió:

“Conjeturas”

“La relación pre-inserta es, en lineamientos generales, la realidad de los acontecimientos que se investigan”.

“Para acercarse más a la verdad, acaso sería indispensable hacer un análisis psicológico de todo y de todos, particularmente de la señora que promovió el escándalo, para sacar una consecuencia lógica de los móviles que originaron tal actitud”.

“Veámoslo:

“Generalmente, el medio que vegeta casi la mayoría del personal de tropa (en estas fiestas), es un medio propenso a todos los deslices y a todas las incorrecciones. Las fiestas o reuniones sociales que suelen realizar por

cumpleaños; santos, bautizos, etc., en las que inevitablemente liban copas, principian con timidez, remilgos y cortedades que a veces fastidian. La timidez, que en ningún caso es respeto, es la que les impulsa a mantener una relativa compostura, la misma que va desapareciendo lentamente, a medida que el licor va surtiendo sus efectos desastrosos y reflejando en cada uno la falta de carácter para reconocer el propio valer y aquilatar o, más bien, justipreciar la importancia de las personas que se tratan, hasta que llega un momento en que principia la familiaridad excesiva, la intimidad imprudente y a veces el trato burdo y zóez, en que todos obran y proceden de acuerdo con su naturaleza inferior; se despiertan los instintos y cada cual despilfarrá sus grotescas insinuaciones hasta alcanzar la finalidad que les impulsó asistir a la fiesta, en la que casi nunca falta un interés personal. Naturalmente, todos estos razonamientos son desde un punto de vista general, pues, hay muchos hogares del personal de tropa que cumplen estrictamente todos los fueros de cortesía y educación de las familias cultas y civilizadas”.

“Concretaré el caso”.

“La reunión del cabo M., como dejo indicado, ha sido motivada por el onomástico de la señora; allí se han reunido familiares y amigos a felicitar a su allegada; se ha libado “la chicha de la santa” y copas, dentro de un ambiente de amplia camaradería, hasta que ha entrado el soldado P., quien, según tácita declaración, es “compadre carnal” de los dueños de casa y el originario del escándalo, porque su señora ha penetrado directamente a abofetear a su esposo, apostrofando a la concurrencia y destruyendo la cordialidad de la fiesta. “Ante esta actitud, saltan los interrogantes: ¿porqué obró así dicha señora?; acaso por costumbre?; talvez por celos?; qui-

zá por embriaguez? Fácilmente, pueden haber intervenido alguno o todos estos factores. En todo caso, salta a la vista, deduzco de todas las informaciones recogidas con precaución, que la única culpable del escándalo fue la señora de P.; los demás incidentes del hecho, no son sino una consecuencia de aquél, ya que todos los concurrentes se hallaban en un estado capaz de hacer resaltar por cualquier causa la susceptibilidad y hacer extensivos sus sentimientos elevados o bajos de acuerdo con sus intereses primitivos”.

“Es evidente que allí mediaron esos sentimientos de amor, de rencor, de celos, de odio, etc., que dieron margen a lanzar insultos agresivos tanto para las personas allí presentes como para la colectividad a la que pertenecían, y aún más, para hacer caso omiso de la jerarquía, destruyendo el principio de autoridad tan necesario para mantener el espíritu de orden y de disciplina, tan indispensable en todos los aspectos del vivir institucional”.

—No hay discusión, dijo el Capitán casi hablando consigo mismo. Y notando el silencio del primero, agregó en voz alta: “Concluya”.

—Sugerencias, leyó el primero pasándose por el rostro un pañuelo sucio. Y continuó:

“Ciertamente, no quisiera hacer ninguna. Pero, han ocurrido ya tantos casos de mayor o menor gravedad, que es necesario curar el mal para volver por los fueros de la jerarquía menoscabada por esta serie de escándalos que van comprometiendo el buen nombre y prestigio de la Unidad a que pertenecemos”.

“Siempre he tenido para mí el concepto de que el **Man-**do es la fusión de dos fuerzas únicas, inconfundibles: una superior, que manda, y otra inferior, que obedece, y que, para ejercerlo eficientemente, en toda su amplitud cons-

structora; es necesario la mutua y recíproca confianza, la recíproca y mutua comprensión”.

“Sin comprensión y sin confianza, la fuerza superior, no atrae la adhesión espontánea de la voluntad de la fuerza inferior que obedece, ni ésta vislumbra ni se afana por satisfacer las grandes aspiraciones de la fuerza que manda”.

“Además, creo que el MANDO es Autoridad; es decir, organización, coordinación, dirección, animación, estímulo, ejemplo, sintetizados en un cometido grandioso: **educación**. Sí, la función de la Autoridad es función de educación; y educar es corregir malas costumbres, enderezar torcidas inclinaciones, no es estimularlas ni propenderlas, por eso creo también que cuando falla la Autoridad hay discordancias que impiden el bien común, la tranquilidad en el orden, el progreso y perfeccionamiento colectivos”.

“Porque abrigó estas convicciones respecto al Mando, siempre he creído también que la misión del sub-oficial, del sargento primero especialmente, es misión de cultura, de educación, ya que forma una fuerte ligazón de mando con los oficiales y de recíproca, constante y decisivas influencias en las relaciones con la tropa, se basa en la comprensión y en la confianza; de ahí que, un sub-oficial, es tanto mejor cuanto mayor es la comprensión que tiene de sus subordinados y cuanto mayor es la confianza que estos tienen en aquél”.

“Pero esta confianza no ha de confundirse con la familiaridad. La familiaridad es condescendencia, y la condescendencia es la debilidad del mando, es decir, la debilidad de la autoridad”.

—Repita esta parte despacio, le dijo el Capitán.

—...“Pero esta confianza no ha de confundirse con la familiaridad. La familiaridad es condescendencia, y la condescendencia es la debilidad del mando, es decir, la debilidad de la autoridad”, leyó lentamente el primero.

Y se quedó penplejo, meditabundo, pensando en todas aquellas continuas escenas, casi trágicas, que muchas veces habíanle puesto al borde de los abismos del crimen, y que, generalmente, habían principiado dentro del marco de esa confianza que el solía brindar a sus subalternos, con el único fin de agradecerles, con el vanidoso y perjudicial afán de merecer el calificativo de: “Que bueno es el primero R.”

La falta anterior, grave como la actual, debíase, precisamente, a esa confianza, a esa familiaridad o, más bien, a esa pusilanimidad desconcertante de su autoridad.

Era en la cantina de la “negra”. Estaba con algunos subalternos. Al principio, como lo interpretaba fielmente el parte del Teniente F., libaron “con timidez, con remilgos y cortedades un tanto fastidiosas”, pero a medida que iba transformándose el licor, todos fueron procediendo “de acuerdo con su naturaleza inferior. Allí, como era su costumbre en momentos idénticos, el primero R. habíales dicho: “Chofitos, déjense de decirme mi primero; aquí no vale la pena; yo soy primero en en cuartel, en los actos del servicio, pero aquí, nó; más vale ser amigos; sí, amigos; así quiero que ustedes en adelante me hagan el favor de llamarme por mi nombre. Un trago es mucho más agradable cuando se toma con confianza, sin esas etiquetas que a nada conducen...” Y los soldados habían lanzado los jrras! entusiastas.

Pero estas debilidades le perdían siempre.

Los soldados le trataban casi vulgarmente, ora en chascarrillos picantes; ya en las bromas inadecuadas que solían originar los disgustos, los choques violentos que terminaban con desenlaces fatales.

....“Pero esta confianza....

—Basta, le interrumpió el Capitán; continúe adelante.

“Y esta debilidad es, más que otra falta, a mi concepto, el prejuicio del sargento primero R.”

“¿Para qué hacer alusión a las continuas faltas de esta índole que conoce perfectamente esa Primera Comandancia?”

“Veamos solo las causas”.

“El primero R. tiene en la primera compañía raigambres de sangre y lazos de amistad que sólo puede destruirles un carácter férreo que le impulse a ocupar el puesto que le corresponde de acuerdo con su jerarquía. Pero, le falta voluntad para sobreponerse: esa falta de voluntad le ha hecho descender a ese plano de familiaridad excesiva con sus subalternos, trayendo como consecuencia esta serie de incidentes que menoscaban profundamente su autoridad”.

“Por eso, mi Capitán....

—Suficiente ya, dijo el Capitán pidiéndole el parte y dirigiéndose al escritorio.

El primero se quedó suspenso.

Y luego, sentándose, ceñudo, severo, majestuoso, con esa suprema majestad de un maestro, pleno de experiencia y de convicción, mirando seriamente al sub-oficial a quien había distinguido por su “concepto elevado” que de él tenía y cuya personalidad se destruía ante el rudo peso de la realidad abrumadora que hacía desmoronar ese prestigio sin base, efímero, forjado con apariencias de

seriedad y rectitud superficiales, pausado y enérgico, le increpó:

—He ahí, primero, la verdad desnuda. Acaso podría disculparle la falta como falta, por que es de humanos el errar, pero no puede aceptarse el engaño, la mentira, que están reflejando la impotencia de su personalidad moral, su incapacidad fehaciente para asumir la responsabilidad.

—Permiso hablo, mi Capitán.

—No; ¿Quiere acaso destruir el parte que se ha impuesto?

—No, mi Capitán, pero...

—No hay pero que valga; su falta está comprobada; ¡retírese!

—Es que...

—¡Retírese! E indignándose, continuó: "Ya sé que su presunción y pedantería han estado socavando el verdadero espíritu disciplinario de la compañía, y eso es un crimen.

—Pero mi Capitán...

—No caben disculpas. El imperio de la moral no se mantiene con apariencias ni con falsedades, sino con hechos prácticos, con acciones reales, efectivas, que den el reflejo vivo, ético, de la disciplina que se la siente, se la comprende y se la practica para bien de la colectividad. Y usted no ha querido comprender, peor practicar esa disciplina.

Muchas veces le he dicho: la misión del sargento primero es dirigir, construir, forjar e inducir al deber, manejando la poderosa palanca del ejemplo, afanándose por despertar en el corazón de sus subalternos el fuego del entusiasmo; no, como lo está haciendo usted en estos momentos, infectar, corromper y matar el régimen disci-

plinario con la fatuidad y el envanecimiento que inducen a la murmuración, destruyendo la unión, la gratitud y la camaradería, y lo que es peor aún, destruyendo por su base el principio de autoridad, con la premeditación del fracaso en un ímpetu de una impotencia desconcertante.

El primero bajó la vista, avergonzado y vencido.

Después de una breve pausa, el Capitán, con la impotencia y la rectitud de un juez que dicta una sentencia, insistió:

—¡ Retírese!

«Cabizbajo, el primero, se alejó lentamente, mientras en las penumbras de la habitación pululaban las últimas sentenciosas palabras del Capitán.... “destruyendo por su base el principio de autoridad, con la premeditación del fracaso, en un ímpetu de una impotencia desconcertante.....”

Por la noche, el “oficial de semana”, en la Orden del Cuerpo, leyó:

“Artículo Unico.—A petición del señor Comandante de la Primera Compañía, por sus continuas faltas disciplinarias, este Comando, suspende por treinta días el empleo al sargento primero R.

EL PERMISO

POR la tarde, tarde brumosa y helada, apenas las sombras de la noche comenzaban a caer sobre los campos llenos de verdor, tres mujeres, una tras otra, atisvando avizoras el sendero resbaladizo, emprendieron la jornada por las afueras de la ciudad envuelta ya por las densas nubes invernales.

Primero temerosas, pero con esa firmeza y seguridad que en veces suelen proporcionar la desesperación, la angustia y la clara visión del peligro, trepáronse una zanja y se deslizaron ligeras a ocultarse, como cautelosos bandoleros, en el fondo del terreno cubierto de cereales en cultivo, y se quedaron en silencio e inmóviles, completamente pegadas a los surcos húmedos.

Después, amparadas por los arbarrones que revoloteaban amenazantes, anunciando una tempestad inmediata, seguras de no tropezar con los del Resguardo, siguieron por el callejón estrecho.

Simultáneamente, por intuición, deteníanse en los sitios donde presumían ser sorprendidas por los guardias de uniformes negros que tantos sustos solían hacerlas

pasar. Y casi sin cesar, como fantasmas atados a sus propias sombras, cual expertos vigías en téticas noches de campaña, ocultándose tras los zarzales, en el fondo de las boca-zanjas fangosas, vigilaban al contorno, sigilosamente, hasta convencerse de la ausencia del peligro y emprendían de nuevo la marcha sin decirse palabra.

A veces alguna, alucinada por el temor, decía ver perfilarse sombras ululantes que se ocultaban en los bosques umbrosos, u oír tropel de caballos que se acercaban por el camino que ellas seguían, pero todo se desvanecía ante la realidad: o eran pequeños arbustos movidos por la brisa o ramas de los árboles agitadas por el viento.

Sin embargo, se dirigieron por un sendero solitario para no ser sorprendidas en su lucrativo negocio.

Pero esa noche no les vigilaba nadie. Estaba muy oscura y tenebrosa. Y los guardias no cumplen el deber en las sombras. Las sombras justifican el retiro de las patrullas de los sectores de vigilancia. Las vías siempre quedan expeditas cuando amenaza la tempestad. El invierno nocturno no permite cuidar los intereses del Gobierno. "Primero es la vida". Por eso los grandes y pequeños contrabandistas de la frontera aman las sombras de la noche y veneran las tempestades borrascosas, únicas cómplices amigas, para emprender en las luchas peligrosas por el pan de sus hijos. Y aquella, se manifestaba ideal. Las nubes estaban "cargaditas" cuando salieron. Y como lo pensaron, en el camino, antes de llegar al río, les cayó el chubasco. Era una granizada horrible. No pudieron avanzar. Pero, conocedoras como eran, cayendo y levantando, caminaron hasta un barranco cercano y se quedaron guareciéndose bajo su pequeño abrigo, con los pies mojados en la fría corriente

del fondo. Las casas iluminadas con pequeñas luces mortecinas, las miraban como fantasmas, y las huían. Y es que las casas, como para los audaces amigos de lo ajeno, para los contrabandistas, son un peligro. Y una amenaza. Los del Resguardo siempre buscan las comodidades para cumplir su misión.

Allí, bajo el barranco, estrechamente unidas, temblando de frío, permanecieron algunas horas.

En el contorno escuchábase el chocar del granizo contra las ramas de los árboles movidas furiosamente por el vendaval. Con intervalos, lejanamente, oíase el aullido lúgubre de los canes sobrecogidos por el instinto del terror. Sólo el rumor sordo, estrepitoso y horrendo, del Carchi impetuoso y soberbio, como el rugido de fiera acosada en la jaula por el látigo del valiente domador, hendíase al espacio, amenazador y perenne, desde el fondo del encañonado pétreo, enmarañado y sombrío.

Allí se hizo la tregua. La granizada decreció totalmente, dejando un bloque de hielo macizo en el barro resbaladizo. Tácitamente, suspendióse hasta la lluvia. Las nubes, descargadas del agua congelada, flotaron indecisas por las oquedades sombrías, esparciendo apenas una nevizna ténue.

—Vamos, dijo la Micaila.

—Esperemos un poco "alá", observó la Concepta un tanto sobrecogida.

—Ya no llueve, apoyó la Patricia.

Y partieron. . . .

Y partieron como siempre, cautelosas y en silencio.

Al rededor de media noche se encontraron al pie de un pequeño barranco, frente al "Brincadero" que era, sin duda alguna, el paso mas fácil de aquellos alrededores.

También allí, la granizada había sido fuerte. El sendero estaba cubierto por la nieve. Las mujeres temblaron, plenas de vacilación y de miedo ante la impetuosidad de la corriente. Y se quedaron suspensas. Quizá las dos pensaron en volver, pues, la Micaila pronunció a media voz unas palabras incomprensibles. Pero la Concepta, comprendiéndolas, les recriminó enérgica:

—¡Carajo! no sean flojas; vamos!

Y tomando la delantera, principió a escudriñar la senda, a tientas.

Y avanzó lentamente, lentamente.

Luego, creyéndose segura de haber encontrado el "Brincadero", volviendo la mirada con una pequeña "torción del tronco", llena de firmeza, les insinuó:

—¡Sigameén!

Pero, ¡oh fatalidad!, casi simultáneamente, crujió el deleznable bloque de granizo, minado por la corriente y dominado por el peso de la víctima, y el cuerpo, perdido el equilibrio, lanzando un grito estremecedor y agudo, se confundió rápidamente envuelto en las arroñadoras aguas.

Las dos mujeres, como si tuvieran atadas las gargantas, se quedaron mudas de terror, estáticas, llenas de un pavor horrible.

Y el Carchi, cuyos adustos y enmarañados flancos apuntaban al infinito, y que en los últimos tiempos venía siendo el testigo mudo de emociones sublimes, de dolor y de miedo, de arranques inauditos en la eterna historia de la lucha por la vida, que no resuelve, que no puede resolver la incógnita de supervivencia de un pueblo, de ambos pueblos, separados, más que por la valla de la frontera casi inexpugnable, por la vigilancia humana, impuesta por las humanas incomprensiones, que siempre

han cerrado el libre albedrío para la acción, para el esfuerzo, para el trabajo y para el comercio, volvió a ser el juez implacable de una sanción sin réplica.

El inescrutable Sino tuvo su realización fatal, inevitable.

Estaba decretado que el fin de la Concepta debía ser trágico, bajo el baño helado de aguas espumosas y sucias.

Ya una vez habíase escapado de parecer así, en el Bobo, imponente para alejarse de los riscos abruptos, por el peso del arrocito que llevaba para el negocio. La providencia, según su decir, le salvó.

Y otra vez, y muchas veces, escapó de perecer en ese mismo Carehí que hoy era su victimario, cuando acosada por la persecución de los guardias, cruzaba ágil sus aguas turbias, escurriéndose luego velozmente, como liebre herida, por las abruptosidades de la senda peligrosa.

Pero aquella noche, tracionada por las sombras, fue incapaz de burlar la furia de los elementos, la fragilidad de los bancos de nieve, y cayó en la arrolladora corriente cuando mas ufana iba con su "negocito" para "dar de comer a sus pequeñuelos hirsutos y ayudar a su Paukar para ahorrar algoito".

Las pobres dos mujeres, cerrando los ojos para no mirar el lugar donde cayó el cuenco de la Concepción, arrebatada cruelmente por el torbellino impetuoso del Carehí iracundo, sólas, agobiadas por la desesperación, y juzgándose impotentes para realizar la búsqueda del cuenco quizá con vida, para atenderle en el extertor, en el rictus amargo de sus labios exánimes, casi en silencio resolvieron quedarse la una dando la voz de alarma al

cercano-vecindario, y la ótra regresarse a dar la fatal noticia al Paukar.

Y se alejaron llorosas.

Entre las dos de la madrugada llegó al cuartel, agitadaísima.

Y se acercó a la ventana de barandas de hierro, llamando al clase de servicio.

—Hágale salir al Paukar, le dijo casi llorando cuando se asomó a las heladas rejas.

—Está durmicndo, dijo el clase somnoliento.

Ella insistió, pero en vano.

El clase desoyó impentérrito, manifestando además que estaba "en la relación".

Al fin, sobresaltada, le rogó:

—Dígale al Paukar que la mujer se fué en el río.

Y se retiró.

Al día siguiente, después de la lista de diana, le dieron la noticia.

El soldado se inmutó.

Y se puso a ambullar indeciso, pleno de angustia, como queriendo cerrar los ojos ante la visión macabra que se reflejaba en la lejanía, mostrándole el cuerpo de su

Concepta envuelto en las olas que chocaban furiosas en las peñas inaccesibles.

Sintió un frío estremecimiento y, sin quererlo, comprendiéndose sólo, aterrado por un oscuro y extraño dolor, se juzgó, casi espontáneamente, impotente para contemplar el epílogo de un drama, de su propio drama, desarrollado toda la noche, en esa noche lluviosa y terrible, detrás de las rocas, junto o, mas bien, en medio de los "chillones" que se desgarraban estruendosamente al chocar contra las erizadas puntas de los peñascales que rodean al Carchi, como obligándole a lanzar su bramido ronco y salvaje.

Pero luego, habiéndolo por lo bajo consigo mismo, se consoló:

—No puede ser, se dijo, como si dialogara con su propia esperanza; mi Concepta es bien conocedora de los "Chachiñanes". Y además, es astuta. Tal vez estarían haciendo algún recorrido los del Resguardo, y se habrá esconcido. Y diciéndose intimamente: "No puede ser", se fue a la cuadra a arreglar la cama.

Momentos después, el corneta de servicio, hizo vibrar su toque de atención para el desayuno; y, casi en seguida, salieron las compañías a "pasar la revista de aseo".

El formó intranquilo.

Cuando se abrieron las filas, inconscientemente, masculló unas palabras confusas.

Oyéndole, enérgico, el encargado de la compañía ordenó:

—Clase de semana? Cien flexiones al soldado Paukar por hablar en la fila.

El clase cumplió estrictamente.

Ya en el comedor, una fuerza superior, oculta, irresistible, hizole salir exaltado a pedir permiso a su Capitán "para ir a buscar a su señora y atender a sus niños".

¶ Pero el Capitán no le concedió.

Le pasó lo que al pastorcillo de la fábula: no le creyó.

Y es que muchas veces había inventado pretextos para "salir a la calle", y casi en todas, habíante comprobado sus falsías. El Capitán tenía anotado en su libreta de anotaciones personales todas aquellas faltas.

Cierta vez, en un día no muy lejano, invocó la misma causa: "Una desgracia de su mujer", para salir a satisfacer sus deseos egoístas, nocivos, aisladamente, fuera de su hogar, de los suyos, de sus niños, de su mujer, para hacerse conceder el permiso.

"La relación" que cumplía en la actualidad era motivada, precisamente, por un "día de subsistencia" después de un permiso de veinticuatro horas que ni siquiera supo la Concepta.

Y así hacía muchas veces. Por eso estaba su derecho conculcado.

Es entonces cuando desesperado, hipócrita, incierto y confuso, más por la negativa del permiso, que por su propia desgracia, se alejó despaciosamente, cabizbajo, y se fue a apoyarse en el ciprés añoso, meditabundo y triste.

Fue la primera vez que experimentó su debilidad para obtener un permiso. Pero luego, sin conformarse, resuelto y vehemente, volvió a dirigirse donde el Capitán. Pero, ya cerca de él, se detuvo avergonzado y cobarde.

Astuto y convincente para conseguir permiso con pretextos fútiles, con mentiras y con engaños, sintió vergüenza, recelo, quizá miedo, de invocar la verdad para insistir en el permiso e ir a buscar el cadáver de su esposa arrebatada a la vida por la crueldad de un vigía inconsciente, impuesto por la naturaleza, y atender a sus niños abandonados a todas las consecuencias que trae consigo la orfandad.

Al fin se resolvió.

—Permiso mi. . .

—Vaya a armarse para la instrucción, le ordenó el Capitán, sin dejarle concluir.

Ya en el campo, el Paukar, dominado por la desesperación, trabajó maquinalmente, como un autómatas.

Sus pensamientos revoloteaban confusamente en la imaginación. A veces como queriendo dudar de la realidad aterradora, pensaba ver a la Concepta, "denochito", regresando fatigada, sudorosa, con los pies cubiertos de lodo, trayendo, junto con los Pielés Rojas y los Encendedores, los ambicionados pesos que tantos sacrificios le imponían; otras, se imaginaba estar en el cuartel, siendo el actor de esas escenas que casi siempre se desarrollaban en la prevención, cuando sus niños abandonados, después de agotar las provisiones que les dejara la mamita, inquietos, solían irse al cuartel a avisarle que no venía, donde él, colérico, después de dardes a hurtadillas el pan del desayuno, les mandaba a cuidar la casa hasta que venga.

Pero a veces, acosado por la visión intuitiva, abracadabrante, del Carchi turbulento, mirando a su Concepta bajo sus ropas empapadas de agua y de barro, henchida, desfigurada, pensaba en sí mismo, en su vida... en su pobre vida rota y maltrecha por el infortunio.

Y sentía en su alma un frío de muerte al pensar que sólo a él mismo podía acusar sus desdichas.

Cierto que la Concepta tenía una parte de responsabilidad en el drama que había concluido con su existencia; destruyendo su hogar por la base, en su afán inusitado de trabajo, de lucha, de esfuerzos, propios, muy propios de la "pupa varonil y emprendedora", pero él era el más culpable, por que él, con sus ajsias de "dejarse un ahorrito" para sus goces egoístas, le había obligado a abandonar el hogar e ir a compartir con la Micalla los desengaños del contrabandista, hasta pagar con la vida sus afanes por conseguir los malhadados pesos.

Cerca de concluir la jornada cotidiana, y cuando mas embebido se hallaba en estos pensamientos, el Capitán, le sorprendió con un interrogante sobre "el problema táctico" desarrollado.

No pudo contestar.

El Capitán convencido, no de su ignorancia, sino de su visible falta de atención, ordenó:

—Primero, "ocho días de relación" al soldado Paukar,

—Si está en la relación, mi Capitán, observó el primero.

—Entonces, una hora de servicio especial.

Y regresaron.

Y cuando cumplía el castigo impuesto por el Capitán, por frente al cuartel, la Concepta, la pobre mujer cariñosa y buena, que había acompañado al Paukar a San José en la campaña patricida, y que había jurado seguirle a to-

das partes, como buena y leal soldadera, pasaba hecha despojos fúnebres, hinchados de aguas turbias, en brazos de unos transeuntes compasivos que suspiraban "por la desgracia de su compañera de oficio".

Momentos después el Paukar, ya en uso del permiso inoportuno, en la puerta de la casuchita blanca, mirando la ruina de su hogar deshecho, frente a la realidad aterradora, contempló el cuerpo de su Concepta, yerto, sin vida... y abandonándose sobre él, con los brazos en cruz, pensó en su vida... en su pobre vida rota y maltrecha por el infortunio...

**“PAPÁ, YA TENEMOS
OTRO PAPÁ”**

SUENAN todas las sirenas de las fábricas de la ciudad. La actividad crece fantásticamente. Empleados y obreros cruzan las calles, rápidos, sin atención. Fábricas y oficinas cual colmenas, con sus puertas abiertas, dejan libre el paso a los infatigables trabajadores que van a recuperar las fuerzas desgastadas, las energías deshechas, con el cotidiano sustento.

Son las doce del día. Hora de sopor, de cansancio y de fatiga. Terrible hora de inquietudes y zozobras. Y de hambre. Hora en que más se palpa la miseria del vivir en la ciudad. Algunos de los burócratas, señoritos de grandes empleos, con pingües sueldos, concurren a los salones "chic" a tomar el aperitivo ritual que les abra el apetito para engullir los manjares succulentos. Otros, de agradable presentación que, con los bolsillos vacíos, tienen que volver vacío el estómago a continuar el incansable tableteo de las máquinas de escribir que saben de sus debilidades y de sus perennes bostezos de sueño y de hambre.

Por todas partes, obreros de trajes ruinosos, sucios, de olores acres, nauseabundos, que se encaminan espezanzados a vigirotar la materia para continuar la ruda labor en la ardua lucha por la vida.

Son las doce del día. Esa hora propia para que los "carteristas" de oficio ejerzan sus actividades en los "buses" de servicio urbano, que cruzan las calles de la ciudad "atestados de gente".

Las doce del día. Hora de máxima agitación y de movimiento obreril. En las fondas y en las calles, en ciertas calles de la ciudad, los parroquianos, exigen prontitud en el servicio. No les importa que, pero lo indispensable es comer pronto para regresar al rudo esfuerzo, al trabajo improductivo.

En esa hora de despreocupada agitación, llevando unos libros bajo el brazo, lento, embebido en la lectura del diario de la mañana, después de sus largas y frías horas de oficina avocaba a la vieja calle de la Maternidad el Alférez G.

Frente a la Pensión Argentina, instintivamente, un frío helado inundó todo su ser, y, sin pensarlo, musitó casi a media voz:

—Señora... Y se quedó suspenso.

—Quiay?, le contestó una voz femenina, y antes que él pudiera volver de su asombro, se deslizó ligera, dejándole impregnado de una angustia que le torturaba el alma.

Era ella. Su Carmelina. La "querida negrita" de otros días.

Atrás, pequeñita, vivaracha, seguía la precoz chiquitina, quien, con su angelical ingenuidad, antes que pedir el medicito de costumbre, díjole casi imperceptiblemente:

—"Papá, ya tenemos otro papá".

Fue como un bombazo. Se quedó yerto, suspenso, como petrificado. Irresoluto. El corazón principió a la-

tirle con suma violencia. Y recién ante la visión de su querida abandonada por su voluntad, tuvo miedo, vergüenza de sí mismo, y permaneció allí, contemplando la esquina, estático, pensativo, inmóvil, cual bronceína estatua en medio de un parque silente.

De pronto, en su imaginación, se reflejó, patética, toda la historia de su amor destrozado por su propio querer. Pocos días habían pasado desde su distanciamiento, pero todos habían sido días de pesar y de martirio. Y de arrepentimiento. Ciertamente que se habían prometido separarse "como caballeros", sin disgusto, "cuando ya se hallen cansados", pero no fue así. Él, acosado por las circunstancias, le dejó en la ciudad provincial, asiento de su reciente guarnición, intempestivamente, pensando olvidarla en seguida, embebido de las caricias de su esposa, en reciente "luna de miel": Pero la realidad es otra. La vida, distinta. Por encima de los prejuicios de clase, por sobre todos los convencionalismos, los hipócritas convencionalismos sociales, hay algo que no se puede destruir por que sí: EL AMOR.

Reyes, aristócratas, acaudalados, etc., han doblegado la cerviz, ingrátidos, ante las plantas de una mujer.

Pero él nunca pensó en esto.

Sentía en su interior la vana pretensión de su posición. Era ya un oficial. Luego, se hallaba en un plano elevado. Sus fueros eran distintos y distintas sus aspiraciones. La Carmelina ya no le correspondía. Era "de muy baja clase social". Sus relaciones amorosas, conquistadas a base de engaño y de perfidia, las tramó instigado por las necesidades del instinto, por satisfacer el deseo insaciable, y por que allí, en las solitarias islas, no tenía los prejuicios que brindan en el continente las petulantes vanidades de la civilización.

Pero la vida le impuso su sanción. La carne se vengó de la carne. La saciedad del instinto animal, la cruda satisfacción del deseo, tuvo su epílogo lógico: la sangre criolla, auténtica, de la negra, se mezcló con su pobre sangre mestiza: tuvo un hijo. Y eso no se destruye jamás.

Por eso, al pasar junto a ella, al contemplar su talle cimbreante, esbelto; sus ojos vivaces, casi negros, inquietos, juguctones y ávidos; sus labios, esos grandes labios rojos, sensuales, sintió ese frío estremecimiento, agudizado en el momento por la frase infantil, inocentemente incitadora del deseo:

“Papá, ya tenemos otro papá”.

Hizo el ademán de seguirle, acaso pensó posternarse ante ella, rogarle, pero luego se dijo para sí mismo, íntimamente: ya no está conmigo. Y, cabizbajo, avergonzado, siguió adelante por la vieja calle de la Maternidad.

A la casa llegó como un demente, diríase viviendo con ella en la imaginación.

Los halagos de la esposa, sus caricias, sus ternuras, fueron incapaces de volverle la calma, de arrebatarle de su visible ensimismamiento.

La frase de la pequeña Gionga le llegaba al corazón punzadora y terrible.

No pudo almorzar.

El remordimiento, la angustia, la vergüenza de sentirse odiado, despreciado, quizá suplantado, le quitaron el apetito.

En el momento hallábase en lucha terrible entre el deber y el amor.

Débil ante las más triviales obligaciones de esposo, cedía, impotente, su voluntad a su amor de amante, cohibido por los sentidos burlados e insatisfechos.

El mismo, en una íntima concentración psíquica, como contestándose a interiores interrogantes, se dijo:

—Amarle? No. Nunca. Es una cuestión de los sentidos. Una nueva necesidad de placer, de orgía. Tal vez son celos.

Y en verdad hallábase, en esas horas, dominado por los celos. La bestia humana de que hablan los filósofos, en esos instantes, hiriendo la libido, gritaba y se estremecía, vehemente, con solo el pensar de que ella, "su negra", como solía llamarla familiarmente, se hallaba en brazos de otro.

¿No era eso, acaso, lo que le dijo su pequeña Giorga?

¿Qué otro sentido podía tener la infantil frase delatora?

Pero, ¿y quién era el culpable? Acaso él, engañándola como niña, no se había "casado con otra", dejándola abandonada en la pequeña ciudad provincial?

Al fin, abrumado, sofocado por estas cavilaciones, se tendió en la cama. Apoyó la frente en la almohada y cerró los ojos, como queriendo alejar la imagen que le torturaba.

Afuera se oía el ruido de las sirenas de los autos. Sonaban y callaban. Sonaban otra vez y volvían a callar.

La esposa, inquieta, acercándose silenciosamente, hizo oír la dulzura de su voz:

—¿Qué tienes, amor? E hizo ademán de besarle.

Pero él rehuyó la caricia.

Ella, más tierna aún, puso sus labios sobre la cabeza de él, y tras un pequeño ruidoito, dulcemente, tiernamente, le humedeció los cabellos.

El, sintiendo el beso, quiso reincorporarse, mostrarse sereno, pero la visión ardiente, abrasadora y locuaz de "la negra", le obligó a contraerse como una hoja al fuego. Los ojos se le agrandaron. Todo su cuerpo estaba estremecido. Los brazos le temblaban y las manos, antes ardientes para acariciar a la esposa, vacilaban, trémulas, como hojas desgajadas en el aire. Palabras incoherentes, que eran una súplica de indulgencia, le subieron a los labios. Pero, cobarde, aunque las lágrimas se le agolpaban en los ojos, convulsionado el cuerpo de vergüenza, ahogó las lágrimas y las palabras que le hervían en la garganta, y por toda correspondencia, díjole:

—Ya estoy bueno, nena; ya estoy bueno. No te preocupes.

Y continuó rumiendo una vez y otra vez el recuerdo de su afrenta, hasta que se puso a pensar si realmente habría algo en su semblante que hiciera la delación de su angustia. Y notando que su sangre estaba alborotada, con un visible arrebató de arrepentimiento y despecho, se increpó: "Es imposible poner un puente sobre el abismo de vergüenza que, insistentemente, me separa de mi esposa y de mis hijos".

Sin embargo, reaccionando, intentó aplacar los monstruosos deseos de su corazón, ante los cuales todas las demás cosas le resultaban vacías y extrañas. Más, la imagen de "la negra", de su Carmelina, atravesaba con más vehemencia por el fondo de su memoria y parecía acercársele con una malicia lasciva, brillante los ojos de goce sensual.

No pudo resistir. Impotente para retirar de su memoria la tentación que le dominaba con fiebre, levantóse bruscamente, tomó la gorra y cogiendo al azar unos papeles de su escritorio, salió precipitadamente, casi sin despedirse, y sin prodigar a la esposa azarada el ósculo ritual.

Vehementemente cruzó los vericuetos de las calles estrechas, y, atropellando a su paso a los peatones despreocupados, se deslizó veloz por entre el laberinto de las "traperías" de la Plazuela Marín y, en un segundo, hállose de nuevo en la vieja calle de la Maternidad, frente a la Pensión Argentina, allí, en el mismo sitio donde otra hora palpó el orgulloso gesto de desaire, en ese encuentro imprevisto que habíale reflejado al máximo su debilidad y héchole convencer, por la frase cruel, toda la cruda realidad de su abominable vergüenza.

Minutos después, talvez atraída por la intensidad del pensamiento de él, y acaso sugestionada por un irónico afán de venganza, élla, la negra, ya regiamente ataviada, sin que él lo pensara, volvió a cruzarse por el frente, airoso y provocativa.

No se pudo dominar. Siguióle precipitadamente y acercándosele envalentonado, le tomó del brazo, diciéndole:

—Car. . . .

—¿Qué desea, señor?, le contestó ella, interrumpiéndole.

—¿Es verdad lo que dijo Geonga?, le interrogó él, buscando mostrarse sereno e insinuante.

—Sí, le contestó élla con firmeza; y luego, con cierto dejo de altanería en el semblante, continuó: ¿"No hizo usted lo mismo? ¿No se casó usted con "otra" sin de-

cirme nada"? Mis actos son la lógica consecuencia de los suyos. Usted quiso apagar en otros brazos nuestro aislamiento. Yo, para matar su traición, necesitaba también envolverme en el torbellino de la vida. Hacer mi vida... Como pueda. Lo que me ocurra, para lo que la vida me depare, es usted el culpable...

—Pero Camm...

—Nada. Hemos terminado. No se ponga jamás en mi camino. Déjeme sola y concrétese a su mujer. Hágala feliz. Muy feliz. Y deje que yo viva mi vida... mi propia vida.

Y deshaciéndose bruscamente de la mano se alejó, rápida, confundiéndose luego entre los transeuntes de la vieja calle de la Maternidad.

Un extraño temblor se apoderó de él. Y, sin quererlo, instintivamente, extendió los brazos como buscando alcanzar la forma huidiza y frágil que se le escapaba incitándole. Las palabras que habíales ahogado tantas horas en la garganta le brotaron ahora de sus labios. Brotaron como un gemido de desesperación y se desvanecieron en un furioso gemido de súplica, como un lamento por el inicuo abandono, por ese abandono que era un justo premio a sus propias faltas, a sus continuos y solapados engaños.

Allí permaneció largo rato, sumido en su propia vergüenza, sintiendo que su corazón le clamaba tumultuosamente en el pecho.

Al fin, pensativo, se encaminó a su oficina. Al cruzar por frente a la Pensión Argentina, con su imaginación contempló la diminuta figura de su Georga, y sin quererlo, la frase, la terrible frase delatora, vibró en sus propios labios, cual en los labios de un demente:

“Papá, ya tenemos otro papá”.

INDICE

	<i>Págs.</i>
PROLOGO	I
El Limpieza	1
Confidencias Dolorosas	9
Exodo Sombrio	19
La Licencia	31
El Pichón	53
Ese es el Pago de la Carrera	65
La Confianza	77
El Permiso	91
"Papá, ya tenemos otro papá"	105

Acabóse de imprimir este libro
en Quito, a los catorce
días del mes de Julio de
mil novecientos
treinta y nueve,
en los Talleres
Gráficos del
Colegio
Militar

